

# «Libro a la gorra»

Este es un «libro a la gorra». Yo imprimo y reparto ejemplares libremente, con el deseo de que circulen entre los lectores.

El libro es un vehículo para mi obra. Si te gusta, podés apoyarla con una contribución voluntaria. Este sistema me permite publicar sin depender de la burocrática e incierta industria editorial.

Hay varias formas de realizar un pago:

- **Efectivo.**
- **Banco:** el alias es *jmguerrera1*
- **Paypal/Tarjeta:** [paypal.me/jmguerrera](https://www.paypal.me/jmguerrera)
- **Mercado Pago:** [jmguerrera@gmail.com](mailto:jmguerrera@gmail.com) o mediante el código QR que puede encontrarse en mi sitio web.

Si tenés otras ideas, contactame. Gracias :)

# Los malditos genios

Juan Manuel Guerrero

Primera edición

*A los que dan primero.*

# Introducción

Es junio de 2021.

Me siento encendido. Levanto la cabeza, miro al futuro y me pregunto hasta cuándo durará el impulso. Me respondo que no lo sé, pero que ahora es el momento de aprovechar y acelerar a fondo.

Este es el segundo «libro selección» que publico. Es una compilación de relatos de los siete libros que escribí hasta el momento. Es difícil no pensar que ya cualquiera escribe siete libros. Se trata de una excelente noticia para los escritores contenidos.

Se incluyen aquí relatos de todos esos libros. Desde los más recientes como *Los malditos genios*, hasta los más antiguos como *El fugitivo*.

El criterio principal de selección fue la calidad, siempre desde mi propia subjetividad y, sobre todo, dentro de las humildes posibilidades disponibles. Luego, la no repetición de historias con el primer «libro selección». Y por último, la diversidad.

Como ya es costumbre, además de ser a la gorra, el libro se publica bajo una licencia muy libre de *Creative Commons*. Esto quiere decir que todo el mundo puede imprimirlo, venderlo y hacer millones con él. De lograr alguien esto último, agradeceré mucho que me cuente los pormenores de la experiencia.

Cumplida ya la obligación de unas palabras introductorias, pasemos de una buena vez a los relatos.

# Expulsado del País de los Lectores

Ya hemos hablado de Jáuregui, el Escritor Expulsado. Se trata del escritor independiente que da a conocer su obra en diversos espacios públicos de la República Argentina. O por lo menos lo intenta, ya que por lo general es intimidado a retirarse por guardias, inspectores o policías. Estas deportaciones serían hasta deseables si tuvieran por objeto prevenir a los lectores de su literatura, pero en lugar de eso le enrostran que la venta ambulante no está permitida, que es necesario un permiso municipal u otras arbitrariedades por el estilo.

Jáuregui se opone. Primero, de modo elemental y reflejo. Se planta frente a los expulsos de ocasión y se niega a partir. Pero luego, ya entrado en calor, contraataca. Como si fuera un resorte pos-presionado, comienza a lanzar sofisticados argumentos que hilvana con destacable habilidad hasta construir un verdadero alegato político. Interminable, por cierto. Su oratoria nos recuerda a un Fidel Castro, pero razonable y liberal.

Durante decenas de minutos, Jáuregui expone su defensa. Si la garganta está fuerte y lubricada, lo hace a los gritos para que toda la concurrencia pueda escucharlo. En su derrotero retórico, cita todo tipo de personajes y eventos históricos. Viaja a tiempos remotos evocando a Roma, a Persia y a la China ancestral. Con pedagogía excesiva, repasa sus ascensos, sus glorias y sus caídas. A la hora de las conclusiones, se detiene en circunstancias específicas e insiste en la importancia capital de aprender sus lecciones. Las llama «puntos históricos de inflexión».

Los representantes de la ley siempre responden igual: lo subestiman por completo. No llegan a ese punto directamente. Primero se sorprenden, luego se miran con incredulidad y por último, cuando ya están cansados de escucharlo, lo advierten con gravedad. Utilizan la mirada, el tono de voz y hasta la aproximación corporal para hacerle sentir su inferioridad física. A las armas de cristal de sus discursos, a esos sofisticados juegos de palabras color pastel, le oponen la realidad inapelable de la fuerza material; de la carne, de los huesos y de otros tangibles. Y lo despachan.

Jáuregui no tiene más remedio que marcharse. Pero atención. Nunca, pero nunca, para rendirse. Porque para eso está el resto del mundo. Luego de ser desterrado de alguno de esos espacios que considera propios, se dirige inmediatamente al siguiente. Porque siempre hay una plaza desde la cual amotinarse.

Si Jáuregui tolera la sucesión interminable de expulsiones, no es porque esas disputas callejeras le resulten importantes en sí mismas. Es cierto que las sostiene como si fueran las últimas, pero lo hace más bien como ejercicio, como estudio o como experiencia literaria. Para nuestro escritor, la verdadera batalla se da en un plano más elevado. Y en esa contienda trascendental, tiene una y solo una misión que considera fundamental: escribir.

—La única resistencia verdadera —«aclara» el Escritor Expulsado cuando le menciono que no entiendo nada de lo que me está diciendo.

A Jáuregui pueden echarlo de mil calles, de mil parques, de mil playas, pero nunca podrán echarlo tan fácilmente del mundo de las ideas. No podrán deshacerse sin esfuerzo de sus problemas mentales, de sus obsesiones, de su incapacidad para darse por vencido. Tampoco de sus interminables listas de ideas para escribir, ni de sus borradores ininteligibles, ni de sus libros en efecto publicados. Ni, mucho menos que menos, de su accionar.

—«La imagen de sí mismo que un escritor deja en los demás es parte fundamental de su obra» —cita nuestro escritor a Borges para subrayar la palabra «accionar».

A Jáuregui no le importa si lo sacan, o no, de la plaza. Lo que le importa es negarse. Y si no tiene más remedio que irse, que sea por la fuerza. Y si es por la fuerza, que sea tan solo para irse a la próxima plaza. Lo importante es no ceder nunca. Y para el Escritor Expulsado siempre hay una forma de no ceder. Así de insoportable es nuestro escritor.

Pero ese es tan solo el comienzo. Existen muchas otras fuerzas centrífugas que operan sobre Jáuregui. Una en particular es la que nos convoca en este escrito. Es una mucho más general, compartida con la gran mayoría de sus conciudadanos.

Se trata de la República Argentina. La gran nación americana que un día los libres del mundo saludaron. El país de la educación pública de

excelencia, del guardapolvos blanco, de los premios Nobel, del ascenso social, de las librerías abiertas durante la noche. El País de los Lectores.

Es el mismo país demente, extorsivo y explosivo, que no deja de caer. El país psicópata que se hunde con fanatismo en el fango de la flagelación, tragando más y más barro asfixiante, como una rueda enloquecida que da vueltas y vueltas para no ir a ningún lado. El país chiflado que se aboca con pasión desbocada a revolcarse en la dolorosa frustración del fracaso, una y otra vez, como si padeciera una irrefrenable pasión por el dolor. El país maniático, insano, que vuelve una y otra vez a cometer los mismos errores, como un adicto, como si la depresión fuera una oscura fuente de placer o como si sus dramas existenciales, inabarcables, no le permitieran otro camino que la autodestrucción más terminal como único resquicio de descanso, de sosiego, tal vez de salvación.

Sin embargo, el verdadero problema es que el gigante argentino no cae sobre el suelo, sino sobre sus propios hijos. Ellos sí quedan aplastados contra la mismísima lona. No tienen más remedio que habituarse a una vida adversa, estresante y pobre. El progreso, la esperanza o el futuro son lejanos privilegios solo accesibles en los países normales (ya no hablamos de países lejanos, sino de los vecinos). O en el pasado. Lo que alguna vez fue la esencia de nuestra patria se convierte en utopía. Algunos, para intentar evadir ese destino fatal, deciden emigrar. ¡Cuánta tristeza, querida Argentina, cuánta! ¡Vos, una tierra de inmigrantes!

La situación no es fácil para nadie. Para los artistas, tampoco. Pero no es cuestión de caer en la tradicional victimización que a muchos de ellos tanto les gusta agitar. Ese lamento es tan solo un atajo, utilizado hasta el hartazgo, para justificar fracasos personales.

—El artista victimizado no es un artista. Auto-posicionarse en el centro de la desgracia puede ser tolerable en un deportista, en un político, en un banquero, pero no en un artista. Los verdaderos artistas asumen la fatalidad como parte de su destino. Es un factor esencial de su naturaleza, de su génesis, de su razón de ser. No es por ninguna otra cuestión que las sociedades los necesitan (y los toleran). El artista puede ser un ignorado, un menospreciado o un mártir, pero nunca una víctima. El verdadero artista debe tener el valor de enfrentarse a la verdad y mostrarla hasta las últimas consecuencias. Y es difícil que semejante misión conduzca a finales felices. Pero así es, así debe ser. A sufrir, mis amigos. Y si no les gusta, a ponerse

un kiosco —declara Jáuregui, mate en mano, desde la sombra de una higuera en su casa.

Si hay una víctima en este gran derrumbe celeste y blanco no son los artistas. Ellos siguen siendo privilegiados. Todavía son artistas en medio de la desintegración y el caos. Quieran o no, son protagonistas. Deben serlo. Si no había salvación antes, mucho menos la hay ahora. La sociedad espera, y necesita, que pongan su sensibilidad al servicio de comprender y señalar la salida. ¿Qué clase de bombero se proclama víctima en medio de un incendio? ¿Qué clase de médico se proclama víctima en medio de la urgencia de un quirófano? ¿Qué clase de artista se proclama víctima en medio de un terremoto existencial?

Las verdaderas víctimas, las únicas, son aquellos que no tienen educación, ni salud, ni justicia, ni pueden tenerlas. Y eso incluye no poder ir a buscarlas a otro lado.

Jáuregui es un privilegiado. Para comenzar, es un artista. Si bien no tiene justicia, sí tiene salud y educación. Y por si esto fuera poco, también tiene la posibilidad de irse. Gracias al azar, tiene antepasados vascos, es decir, está habilitado a gestionar la ciudadanía española con relativa facilidad. Y eso ha estado haciendo durante el último año. Aunque resulte difícil de entender (todavía), no siente contradicción ni remordimiento por ello.

El teléfono suena. La ciudadanía española está lista. Solo tiene que pasar a retirar la documentación hoy por la tarde. Jáuregui está conmovido. Se imagina a sus abuelos vascos mirando el mar y pensando en la Argentina. También se imagina a él mismo mirando el Río de la Plata. Creía que este momento no llegaría nunca. Una gran cuota de libertad ya está casi en sus manos. A partir de ese instante, ya no habrá excusas a la hora de plantearse la emigración. El futuro ahora se ve más claro.

Jáuregui repasa y pospone todas las actividades de su día. Almuerza en silencio mientras piensa en los años por venir. Nada será fácil. Repasa sobre la mesa toda la documentación que debe llevar consigo y sale a la calle.

El barrio de Agronomía está más brillante que nunca. Jáuregui toma la calle Artigas rumbo a la Avenida San Martín. Como siempre, a la altura de la placita, concentra su atención en el tercer piso del pabellón 1. Allí vivía Cortázar. Esta vez, no piensa que ese rincón de Buenos Aires sea

extraño. No piensa que sea literario. No piensa que las casualidades no existen.

Jáuregui llega a la parada del 105. Se sienta. Mira a su alrededor. Las personas cargan con naturalidad las cruces invisibles de la injusticia. El Escritor Expulsado saca un libro de la mochila. Es el tomo I de las *Cartas Morales a Lucilio*, de Séneca. Abre el libro en la carta 66 y lee: «Permíteme, Lucilio, hacer una afirmación más audaz: supuesto que unos bienes pudieran ser superiores a otros, yo hubiera preferido éstos que parecen lúgubres a los suaves y delicados. Los hubiera proclamado más grandes. Porque más meritorio es superar las dificultades que moderar las alegrías.»

El 105 parece no llegar nunca, como el futuro de la Argentina. Sin embargo, al final, el colectivo sí llega.

La tardanza implica que el 105 viene muy lleno. Jáuregui sube buscando la óptima combinación de permisos y empujones. El colectivero grita a los pasajeros que se corran hacia atrás. «¡Un pasito adelante!», le ordena al Escritor Expulsado. Cierra la puerta y arranca. Nuestro escritor nunca paga el boleto, en esencia porque no puede llegar hasta la máquina y porque el colectivero tiene otras prioridades. Durante el viaje, la masa compacta de pasajeros va fluyendo hacia atrás, a medida que algunos se despegan del mazacote humano para bajar y otros se van sumando por el frente. Como un experimentado *border collie*, el colectivero controla su ganado a fuerza de indicaciones y gritos, todo desde los pocos centímetros cuadrados del espejo retrovisor.

Jáuregui no se resigna. Tarda diez minutos en ingeniárselas para sacar su libro. Un codito se le clava en la espalda, pero con admirable estoicismo senequiano decide que eso poco tiene que ver con su felicidad. Ya en la carta 67, lee: «Mi voluntad sería tener los tormentos lejos de mí; pero si hubiere de padecerlos, será mi deseo comportarme en medio de ellos con fortaleza, honestidad y valor. ¿Por qué no voy a preferir que se evite la guerra? Pero si se produce, mi deseo será soportar con magnanimidad las heridas, el hambre y cuantas desgracias acarrea la fatalidad de la guerra. No soy tan demente como para querer enfermar; pero si he de arrostrar la enfermedad, será mi deseo no comportarme con impaciencia. Así que no es la contrariedad lo deseable, sino la virtud con que soportamos la contrariedad.»



Más temprano que tarde, Jáuregui debe abandonar la lectura. Hay corridas dentro del colectivo. Por un momento, se siente en las inmediaciones violentas de un estadio de fútbol. El tumulto se apacigua, pero es mejor permanecer alerta, para no perder el libro, ni la mochila, ni la billetera. Ya avanzado en su recorrido por la calle Mitre, el 105 se detiene al llegar a Ayacucho, a dos cuadras de la Avenida Callao. Es la zona del Congreso. «¡Fin del recorrido!», grita el chofer. Afuera, se escuchan bombos y algún que otro petardo. Es un día más de protestas en Buenos Aires. Los pasajeros murmuran e intercambian pareceres. El veredicto unánime es que las calles están cortadas y el colectivo no puede seguir. Es posible que tal informe haya manado desde el chofer hacia el fondo. Con el diagnóstico aceptado, la gente chista, bufa, putea.

—Como si sus vidas no fueran lo suficientemente macro-complicadas, también deben afrontar las micro-complicaciones. En la mayoría de los casos, tan solo para ir a trabajar —se lamenta el Escritor Expulsado.

Jáuregui deja el colectivo atrás. Avanza a pie en dirección a la Plaza del Congreso. A medida que se acerca, los bombos y las voces de megáfono se hacen más intensos. La Avenida Callao, Rivadavia e Yrigoyen están cortadas. Hay olor a parrilla callejera. Miles de personas se amuchan sobre el frente del Congreso. Una buena cantidad de ellas tienen pecheras y algunas sostienen grandes banderas. Nublando la vista, parecen formar un ejército.

—Todo es una gran equivocación, una que también me pertenece —reflexiona, enigmático, nuestro escritor.

Ya traspasada la multitud, Jáuregui se adentra en la plaza. Está sucia, destrozada, decadente, como la Argentina misma. La gente va y viene hacia la concentración principal. Antes de abandonar la plaza, el Escritor Expulsado se sienta en un banco. No la ve, pero está muy cerca de la estatua *El pensador* de Rodín. Apoya su mano en el mentón y mira el edificio del Congreso. Se le hace un nudo en la garganta.

Buscando escapar de la angustia, Jáuregui mueve la mirada hacia su antiguo departamento, donde vivía allá por el año 2002. Está justo enfrente, sobre la calle Yrigoyen. La idea de una enorme estafa le viene a la mente. Se retrotrae a esa época y revive el conflicto permanente, las manifestaciones diarias, las porciones de plaza ocupadas. De algún modo,

todo sigue igual, o peor, porque ahora han pasado veinte años. Argentina es el eterno retorno, la piedra de Sísifo, las ruinas circulares.

—Tal vez solo seamos literatura —postula el Escritor Expulsado.

Todavía sentado en la plaza, Jáuregui saca su libro y lee: «¿Es que tú crees que son únicamente deseables los bienes que se nos ofrecen a través del placer y del ocio y que acogemos con guirnaldas en las puertas? Existen ciertos bienes de rostro severo.»

Jáuregui ve ante sí un rostro mucho más que severo. Ve uno implacable, de mirada impiadosa. Perturbado, se levanta y camina hacia la Avenida de Mayo. También está cortada. Mientras la camina, todavía puede advertir el pasado dorado. Ahora está vacía, poblada por locales cerrados y paredes pintadas. Solo queda el consuelo de mirar hacia arriba y advertir que las grandes cúpulas permanecen inaccesibles. El sol siempre las ilumina.

Acongojado, Jáuregui llega a la Plaza de Mayo. Camina hacia la pequeña pirámide central y se sienta a su lado. Mira el edificio de la Casa Rosada. Más que un nudo, se le hace una rosca de pascua en la garganta. Quiere escapar de ese ahogo. Abre su libro y lee: «Hago memoria de nuestro Demetrio, quien llama ‘mar muerto’ a la vida tranquila que no acusa embate alguno de la fortuna. No contar con motivación alguna que te mantenga despierto, que te estimule, cuyos presagios y acometidas pongan a prueba la firmeza de tu alma, sino abandonarse a una quietud inalterable; eso no es sosiego, antes bien flojedad.»

—¿Y de qué voy a escribir en los mares muertos de Suecia, Australia o Canadá? Mares muertos ajenos, que no entiendo, que no me pertenecen. ¿Qué voy a hacer con tanta estabilidad, con tanto confort, con tanto funcionamiento? ¿Al servicio de qué causas voy a poner mi fuerza, mi literatura, mis privilegios? ¿No son estos, acaso, regalos que uno recibe para oponerlos al imparable avance de la adversidad? ¿No es una vida doblemente injusta aquella donde estos dones se dejan marchitar? —se pregunta nuestro escritor mirando al cielo que sí lo entiende, que siempre lo entenderá.

Ya casi es la hora. Jáuregui se pone de pie y camina a paso vivo hasta la oficina adjunta del consulado español. Al llegar, ve una multitud esperando en la calle. Contempla la escena con infinita tristeza. Aborda al guardia de seguridad y le explica que tiene un turno. Pasa. Se presenta en la

mesa de entrada, lo mandan al segundo piso. Allí, se sienta para esperar a que lo llamen. Abre su libro y lee: «Átalo, el estoico, solía decir: ‘prefiero que la fortuna me retenga en sus campamentos [de guerra] más bien que entre sus delicias. Sufro tortura, pero con firmeza; está bien. Sufro la muerte, pero con firmeza; está bien.’»

«Jáuregui», llama un funcionario del consulado. Tiene acento español. Lo invita a sentarse en su escritorio. Le dice que todo ha salido bien. Le explica cada uno de los papeles que está por entregarle, los mete en un sobre y se los da. Sonríe, le extiende la mano y lo felicita. Ya de pie, antes de despedirlo, le pregunta con curiosidad a qué ciudad española piensa mudarse.

—A ninguna, hombre —contesta el Escritor Expulsado antes de retirarse.

Jáuregui deja el edificio con una mezcla de entusiasmo y pesar.

«¿Pero cómo que a ningún lado?», le pregunto yo, siempre yo, Juan Manuel Guerrero.

—Que a ningún lado, he dicho. Si para algo gestioné la famosa ciudadanía es para no irme a ningún lado, pero en absoluta libertad. Bien fácil es no irse adonde uno no puede hacerlo. Muy diferente es cuando se cuenta con todas las posibilidades. Ahora mi libertad es más amplia, mi convicción es más fuerte, mi apuesta es más alta. Mi determinación es más grande. Mi palabra es más poderosa. De ningún modo voy a irme. De ningún modo voy a hacerles ese favor. De ningún modo voy a dejarles libre el campo de juego. De ningún modo voy a dejarles el aire que respiro, el silencio de mi ausencia, el espacio de mi cuerpo parado enfrente. De ningún modo voy a dejarles el blanco de las hojas, la voz de las radios, las sillas de los ateneos. Antes, tendrán que sacarme a golpes o a paladas de tierra. Y aun así, en la cómoda quietud de la tierra tibia, todavía no podrán deshacerse de mí. Seré pasto y seré flores. Seré una mujer libre leyéndome. Cuando el frío sea atroz, cuando la oscuridad sea aterradora, cuando el desconsuelo sea tan agobiante que no permita respirar, mis inexplicablemente queridos compatriotas todavía podrán abrazarme. Creerán lo que les digo. Como un abanderado olímpico, les pasaré la antorcha de la esperanza. Serán ellos (y con ellos, yo mismo) quienes por fin recuperen la sagrada bandera de la libertad.

Jáuregui saca su libro. Esta vez, lo lee en voz alta para que yo pueda escucharlo: «El fuego me consume, pero soy invencible. ¿Por qué este trance no va a ser deseable? No porque el fuego me consume, sino porque no me vence. Nada más excelente que la virtud, nada más hermoso; bueno, y a la vez deseable, resulta todo acto que se ejecuta bajo sus órdenes<sup>1</sup>.»

# Los malditos genios

*Para María, la siciliana.*

Según mi padre, nuestra familia paterna tiene tres ramas: los Trovato buenos, los Trovato neutros y los Trovato malos. Cada una de esas ramas se referencia en uno de los tres hermanos Trovato, es decir, mi padre y sus dos hermanos.

Los Trovato buenos somos nosotros. Mamá, papá y yo. Una familia normal, típica, sin ninguna clase de extravagancia ni actividad de interés. Aburridos, podría decir alguien. Trabajadores, estudiosos, en algún punto conservadores.

Los Trovato neutros son los que usualmente llamo primos y tíos. Otra familia promedio, olvidable, la más joven de las tres. Correctos, de poner la otra mejilla, «buenudos» diría mi padre. Viven en otra ciudad y los vemos un par de veces al año, por lo general para las fiestas.

Los Trovato malos son personajes siniestros que no conozco en persona. Lo primero que puedo decir de ellos es que son muchos. Mis tíos malos tienen cinco hijos. Viven en una tercera ciudad y nunca los vemos. No hay relación. Lo poco que sé de ellos me lo ha contado mi padre. Su resentimiento hacia ellos es irreductible, aunque nunca he llegado a comprender del todo por qué. Si tuviera que explicarlo, la verdad es que no podría. No tengo registro de que alguna vez me hayan hecho algo malo. Mi padre siempre evade los detalles. Cuando menciono sus huidas, promete que algún día me contará o, en oscuro tono premonitorio, me dice que ya «lo veré con mis propios ojos».

Es sobre esa velada amenaza que hoy me dispongo a hablar. Como toda historia familiar, es larga y tediosa, sobre todo para los demás. Inocente prójimo que no solo debe cargar con su propia historia (¡y su propia familia!), sino que además tiene que tolerar las ajenas. Como todavía soy una persona de bien, intentaré por todos los medios limitarme a lo indispensable.

«Vividores», así llamaba mi padre a los Trovato malos. «Siempre lo han sido», agregaba, pero según su punto de vista la cuestión había empeorado cuando se hicieron cargo de cuidar a los abuelos. Con ese pretexto, aseguraba, habían extorsionado durante largo tiempo a los culposos Trovato neutros, quienes cada año aceptaban enviar más dinero para su manutención. A nosotros, los Trovato buenos, también habían buscado presionarnos, pero por suerte éramos lo suficientemente listos como para no caer en esa celada tan ancestral.

—¿Y por qué dejamos que los abuelos vivan con ellos? —le pregunté una vez a mi padre.

—Es lo que ellos eligieron, tenemos que respetarlos —me contestaba él, sin que yo terminara de aceptar su respuesta.

—¿Pero realmente lo eligieron? ¿Vos les ofreciste que vengan con nosotros?

—Lo eligieron. Lo sé. Nosotros estamos muy lejos, hijo —me decía con tono paternalista, pero sobre todo con difusa consistencia. Luego, cambiaba de tema.

Las tres ramas de la familia vivieron siempre en relativa armonía mientras permanecieron aisladas, cada una en su ciudad mediana de la Provincia de Buenos Aires. La tranquilidad, basada en la indiferencia, solo había sido interrumpida durante los pocos años en que los abuelos habían convivido con los Trovato malos. Luego de fallecer los abuelos, esa fuente de recurrente conflicto desapareció. El desinterés mutuo logró restablecer la misma civilidad del pasado en las relaciones familiares. Las críticas, sobre todo de mi padre hacia los Trovato malos, eran dardos abstractos que se lanzaban en ausencia de ellos, es decir, no tenían ninguna consecuencia.

Pero la relación de conflicto se reavivó cuando mis tíos neutros se mataron en la ruta. Viajaban en auto, rumbo a la casa de un familiar lejano que todavía vivía en el campo, cuando chocaron de frente con un auto que había perdido el control. Mis primitos salieron ilesos, pero mis tíos neutros murieron en el acto. La conmoción familiar fue grande, no solo por la cercanía con ellos, sino también por las consecuencias del accidente. En especial porque mis primitos eran todavía muy chicos y, de repente, habían quedado huérfanos.

Mis tíos neutros siempre habían sido muy previsores. Por eso no nos sorprendió del todo cuando el abogado de ellos nos llamó para informarnos

que habían dejado un testamento con instrucciones precisas sobre los pasos a seguir. Hasta una muerte imprevista habían contemplado como posibilidad.

Lo que sí nos sorprendió fue lo dictado por el testamento. Por un lado, dejaban la tenencia legal de sus hijos a los Trovato malos. Otra vez, la realidad golpeaba el edificio de juicios que yo había construido con los ladrillos de mi padre. Como en el caso de los abuelos, las personas elegían quedarse con los tíos malos. ¿Cómo podía ser posible?

Pero eso no era lo más sorprendente. Lo más extraño era que todos los bienes de los Trovato neutros quedaban a nombre de sus hijos, mis primitos, pero bajo mi administración. Sí, la mía. No la de mis padres, no la de los Trovato malos, sino la de un joven inexperto como yo. Los bienes incluían la casa, una abultada cuenta bancaria y un maletín lleno de billetes de cien dólares (por supuesto, el testamento no lo describía de ese modo). ¿Por qué no habían dejado esta responsabilidad a mis padres o, directamente, a los Trovato malos? ¿Cuál era el problema con ellos?

Mi padre estaba invadido por muchas emociones. Sin dudas, estaba devastado por la muerte de su hermano. En la práctica más objetiva, su único hermano. Pero además estaba enojadísimo. No comprendía —y no aceptaba— por qué le habían dejado la tenencia de los chicos a los Trovato malos. Y mucho menos comprendía por qué habían dejado la administración de sus bienes a mí. Era difícil no reconocer que lo habían apartado deliberadamente. Y por eso no se resignaba a reconocer las decisiones que emanaban del testamento. Sin embargo, con el pasar de los días, no tuvo más remedio que hacerlo.

Fuimos al velorio. Por primera vez en mi memoria, conocí a los Trovato malos. Mi expectativa era la de encontrarme con una cinematográfica familia de la mafia siciliana. Esperaba encontrar trajes caros y oscuros, anteojos y camionetas negras, miradas superadas y calculadoras. Pero en cambio me encontré con una familia de pueblerinos. Básica, rudimentaria, rural. En el velorio eran nueve: el tío, la tía, sus cinco hijos y los dos primitos neutros.

Había mucho dinamismo, por no decir descontrol, en los Trovato malos. Los chicos corrían y gritaban por todas partes. Los padres no corrían tanto, pero sí gritaban. La escena se amoldaba, en efecto, a mi idea de “lo siciliano” (los Trovato nacionales había llegado desde Sicilia), en efecto me

llevaba a pensar en un puñado de campesinos *gringos* o de inmigrantes recién llegados a la Argentina. Esa impresión se debía, sobre todo, a que no hablaban del todo bien. Se comían las consonantes, confundían algunas palabras y hacían unas pausas disonantes. Estas últimas eran coherentes con su vestir aleatorio, inconexo, además de bastante arrugado. Debo decir, eso sí, que parecían muy limpios.

Era la primera vez que yo asistía a un velorio completo desde una posición tan cercana. Todo me parecía extraño. Personas que nunca habían visitado a mis tíos neutros, lo hacían ahora con enorme compromiso. Y personas que se llevaban decididamente mal se sometían a compartir ese espacio durante horas a pesar de todo.

Con el correr de la ceremonia, los Trovato malos me parecían cada vez menos malos. Más que vividores, parecían torpes. Para ser más preciso, se amoldaban muy bien al concepto de desastre.

En un momento, mi padre salió a fumar un cigarrillo. Lo seguí para conversar con él. Le compartí mis primeras impresiones y le pregunté por qué eran tan ácido con los Trovato malos.

—Hijo, no te dejes llevar por las apariencias. Bajo ese burbujeo de bonachonería se esconden seres maquiavélicos —me dijo. Luego, como siempre, cambió de tema. Criticó a varios de los asistentes. Aprovechó esas descalificaciones para volver a expresar su incomprensión sobre las decisiones testamentarias de los Trovato neutros.

Desde el día del velorio, por mandato de mis difuntos tíos neutros, comencé a tratar de manera directa con los Trovato malos. Mi padre opuso resistencia e intentó imponer sus propios criterios, pero yo ya no era un simple adolescente. Amparado en la memoria de mis tíos neutros y en la viva responsabilidad sobre mis primitos, encontré la fortaleza para hacer primar mis propios criterios. Por supuesto, eso no logró evitar que cargara sobre mis espaldas con los prejuicios de mi padre. Mi orgullo era grande y de ningún modo quería tolerar su voz diciéndome “te lo dije” por el resto de mi vida.

Estrené mi flamante rol de administrador con una visita de varios días a la casa de los Trovato malos. Fui solo. Manejando hasta la ciudad donde vivían, con la Pampa de fondo, repasé las interminables combinaciones de posibilidades buscando alguna que le diera sentido a la situación. No pude encontrarla.



Llegué al encuentro con una actitud decididamente defensiva. Ellos me recibieron con sospechosa naturalidad, con una hospitalidad casi culpable. Me hospedaron en el cuarto de invitados. Era enorme y estaba preparado con evidente dedicación: ropa de cama, toallas y toallones. Todo nuevo. Hubiera apostado a que habían comprado estos textiles para la ocasión.

Las comidas fueron el momento de encuentro por excelencia. Comimos juntos todos los días. Con destacable dedicación, los Trovato malos prepararon deliciosas recetas sicilianas que —para ellos— eran parte de la sagrada tradición familiar. Yo me ofrecí a cocinar algún día, pero no me lo permitieron. Me dijeron lo que les parecía evidente: en Sicilia era inconcebible que los invitados cocinaran.

Tal vez era cierto, como decía mi padre, que los Trovato malos eran nefastos. Pero, si lo eran, se debía a otras cuestiones. Comían en exceso y con la boca abierta. Hablaban, o gritaban, todos a la vez. Mientras comíamos (y gritaban), el televisor estaba encendido con el volumen al máximo. La reunión era un caos, aunque debo admitir que por momentos proyectaba cierto encanto. Solo faltaba un mantel a cuadros blanquirrojos sobre la mesa y una tarantela sonando de fondo.

Resultaba difícil aceptar que esos personajes caricaturescos fueran los reyes del mal. A menos, claro, que el bizarro espectáculo que presenciaba a diario hubiera sido preparado con maléfica minuciosidad. Es decir, a menos que cada una de las graciosas intervenciones que se sucedían en esa casa de locos hubiera sido hilvanada por mis tíos malos con la maestría de los grandes guionistas de la historia. A menos, en resumen, que los Trovato malos fueran unos malditos genios.

Cuánto más disparatada se volvía la posibilidad de una ilusión, de que todo fuera una obra maestra de la estafa, más me aferraba a esa posibilidad. Y más delirantes se volvían las explicaciones que encontraba para dar categoría de realidad a la interpretación criminal de mis tíos malos.

Atrincherado en la desconfianza más cerril, yo había esperado con paciencia felina que los Trovato malos mencionaran el dinero de mis primos. Después de todo, esa era la razón última por la cual estaba allí. O por lo menos así era como lo veía. Sin embargo, los Trovato malos en ningún momento mencionaban el dinero. Mi estadía transcurría como si fuera una vieja costumbre familiar, un ritual que habíamos practicado desde

siempre, como correspondía a las sanas familias sicilianas, como si yo fuera un hijo más, el mayor, el primogénito, el número diez de la familia.

Tanto fue así que durante el último día de mi estadía todavía no habíamos hablado del dinero. Era mi responsabilidad, el motivo del viaje, así que no tuve más remedio que proponer el incómodo tema. Les dije a mis tíos malos que debíamos hablar sobre el dinero en algún momento antes de mi partida. Ellos se rieron, dijeron “qué divino” y minimizaron el tema. Lo dejaron pasar. En pocos minutos, quedó en el olvido. ¿Qué pasaba con esta gente? ¿Tan sutil tenía que ser el engaño? ¿Tan lejos debía llegar el montaje?

No tuve más alternativa que insistir. Ellos se miraron con ternura. No supe si yo, con mi juventud, con mi seria bisoñez, les generaba ese algodónado sentimiento o si, por el contrario, confirmaban con esa mirada cómplice la adecuada marcha de sus taimados planes.

—Ahora entiendo por qué mi hermano lo eligió a él —le dijo mi tío malo a su esposa con una sonrisa comprensiva. No supe cómo interpretar ese comentario. Dicho eso, me propusieron que habláramos por la tarde, cuando los (siete) chicos estuvieran en la escuela. Me pareció una idea muy sensata. Asentí.

Almorzamos temprano. La comida fue un nuevo capítulo teatral de la miniserie de los Trovato malos. Yo no podía abandonar mi sorpresa. Buscaba con obsesión una pista, un paso en falso que me permitiera desbaratar la increíble tragicomedia. Pero no podía encontrar nada, todo parecía ser la realidad más candorosa.

Los Trovato malos dejaron la casa para llevar los chicos a la escuela. Parecían disfrutar mucho de esa caminata. Cargaban las mochilas de los más pequeños. Sonreían y retroalimentaban la infinita energía de esos retoños infatigables. Yo los miraba desde la discreta lejanía de una ventana del primer piso, protegido por unas cortinas de injustificable fosforescencia. Había pensado en acompañarlos y ayudarlos, pero al final desistí. El vodevil del almuerzo me había agotado la cabeza.

La decisión de no acompañar a mis tíos malos no me privó de bajar, dejar la casa y seguirlos a la distancia. Deseaba comprobar que la pintura que había contemplado desde la ventana no se decolorara tras la primera cuadra de marcha. A la quinta cuadra confirmé que no, mis tíos continuaban con el mismo y para mí incomprensible júbilo parental. Quedaba también la

posibilidad de que la ficción fuera a tiempo completo y fuera ejecutada independientemente de todo, sin descanso, sin especulaciones, hasta las últimas consecuencias.

De regreso en casa, no supe bien qué hacer. Debía esperar el regreso de mis tíos malos. Busqué libros en las diferentes habitaciones, pero no encontré ninguno. Fui a mi habitación, me acosté y me quedé mirando el techo.

Media hora después, escuché desde mi cuarto el retorno de mis tíos malos. Bajé a su encuentro. No solo habían disfrutado de la caminata con los chicos, sino que ahora también disfrutaban de comentarla. Cuando me vieron bajar, se concentraron en mí. Me preguntaron cómo andaba, qué había hecho en su ausencia, si quería comer algo. Les recordé que habíamos almorzado hacía menos de una hora. Se rieron mirando hacia arriba.

—¡Cierto! —dijo mi tía mala.

—¿Les parece que hablemos del tema del dinero? —volví a mencionar el tema.

—¡Por supuesto! —exclamó mi tía. ¿Por qué esta mujer estaba siempre entusiasmada? ¿Acaso se podía ser feliz todo el tiempo?

Nos sentamos en la mesa del comedor. Era la primera vez que yo debía conducir una reunión con adultos. Y, encima, una familiar que involucraba cuestiones de dinero. Además, por si fuera poco, era dinero destinado a cuidar de mis primitos neutros, con la memoria de sus padres sobre mis espaldas. Yo lo sentía como una enorme responsabilidad y lo vivía con ineludible tensión.

A pesar de la hospitalidad recibida, en apariencia genuina, no estaba dispuesto a abandonar mi escepticismo. De ningún modo iba a posarme dócil en las manos siempre peligrosas de la credulidad. Amparado en las prevenciones de mi padre, me resistía a confiar del todo en cualquiera de las observaciones registradas hasta el momento. Si había maniobras manipulatorias que no podía percibir, inferir o comprender, me había impuesto el deber de suponerlas.

Hice una larga introducción sobre los principios que guiaban mi accionar. Era una forma de excusarme, pero sobre todo de advertirlos. Eso no me impidió buscar la mayor diplomacia posible. Ya empantanado en la complejidad de mi discurso, la inercia me llevó a construir una maraña de justificaciones y aclaraciones, cada una como consecuencia de la anterior.

Si mis palabras tenían algún tipo de columna vertebral, mi disertación quedó inválida demasiado pronto, pero eso no me impidió seguir adelante. Me hundí en el mar de los incomprensibles con convicción encomiable. Enroscado en mis sentencias demasiado indirectas, tuve la percepción — ¡qué digo, la completa certeza!— de que mis tíos malos me habían perdido casi desde el comienzo. Yo buscaba retomar la llanura, una y otra vez, pero una fuerza poderosa, tal vez el nerviosismo, tal vez la estupidez, tal vez ambas, me impedían el aterrizaje de emergencia en los campos de la sencillez.

En un momento me detuve. Suspiré profundo. Traté de olvidar todo lo que había dicho y pasé a mi propuesta concreta:

—Me gustaría que los fondos a mi cargo se destinaran de manera excluyente a las necesidades más básicas de mis primitos. En particular, a todo aquello que tenga que ver con su educación.

Al parecer, mis tíos malos por fin comprendieron algo de lo que trataba de decirles. Así que se relajaron y sonrieron.

—Pero sí, *Chuave* (así me decían), no te hagás problema —fue todo lo que me dijeron. Me quedé en silencio. Ellos también. No me pidieron más detalles, ni me expresaron necesidades inminentes, ni me propusieron ninguna clase de pasos a seguir. Daba la impresión de que el tema estaba cerrado para ellos, de que no podía importarles menos.

—¿Algo más? —me preguntaron por fin.

—No, no, eso era todo —contesté un poco confundido.

Los Trovato malos se levantaron.

—¿Vamos a preparar algo rico para merendar? —me preguntó mi tío con enorme entusiasmo, mientras se frotaba las manos. Mi tía acompañaba la emoción cruzando las manos sobre su pecho. Era difícil saber si estaban más emocionados por la merienda o por haberse liberado de mis formalidades. Tal vez era la combinación de ambas. Ya podían retomar la vida real y dedicarse de una buena vez a los pequeños placeres que daban sentido a su existencia.

—Sí, está bien —acepté, inercial.

Mis tíos malos prepararon dos tortas. Luego fueron hacer unos trámites y a buscar a los chicos. Cuando volvieron, merendamos. La dinámica fue idéntica a la de los días anteriores. Cuando terminamos, les

anuncié que había llegado la hora de partir. Ellos ya lo sabían, pero aun así pareció que los estaba tomando por sorpresa.

—¿Pero cómo que te vas, Chuave? ¿Ya? ¿Así nomás, de repente? — dijo mi tío con una indisimulable cara de drama. Como un verdadero veneno líquido, el drama facial de mi tío se derramó sobre la cara de mi tía, que también se volvió seria y compungida. De la cara de ellos drenó hacia mis primitos. Uno de ellos se puso a llorar. Otros lo siguieron. La escena completa se tiñó de llanto y tristeza.

Yo no podía creer lo que estaba presenciando. Era como si nunca les hubiera avisado que me iría, o como si lo hubieran olvidado, o como si nunca me hubieran creído. Inútil fue explicarles que ya les había avisado, que algún día tenía que irme, que tenía responsabilidades en casa. Mi tío puchereaba. Finalmente accedió pero me hizo prometerle que volvería pronto, en voz alta y frente a la multitud de primitos.

Yo había llevado algunos fajos de billetes de cien dólares para las necesidades educativas que surgieran de mis conversaciones con los Trovato malos. Pero nada de eso había sucedido. Y tuve la certera impresión de que no sucedería nunca. Por primera vez, me dejé llevar por la intuición. Antes de irme, fui al baño. Llamé a mi tío desde lo lejos. Vino. Lo metí adentro y cerré la puerta. Le dije que por favor aceptara ese dinero que había traído para mis primitos y que lo usara para aquello que creyera necesario, siempre siguiendo la prioridad educativa.

—Dejate de joder, Chuave —me dijo, molesto. Insistí. Forcejamos. Al final, no tuvo más opción que aceptarlos.

Durante los años que siguieron, cumplí con mi promesa de visitar con regularidad a los Trovato malos. Lo hice a pesar del permanente boicot de mis padres. A medida que transcurrió el tiempo, mis visitas fueron teniendo menos de deber que de deseo. Llegué a forjar una duradera amistad con mis tíos malos y con mis primos, que ahora son todos adultos. Ya no manejo su dinero, pero siempre me piden consejo sobre el tema.

Llegué a conocer bastante bien a los Trovato malos. Es posible que mi padre haya tenido razón cuando decía que eran vividores. Pero eran solo vividores del presente, no de los demás. Diría que desconocían, o menospreciaban, el futuro. Eran impulsivos, desorganizados, incapaces de aceptar el mañana como criterio de decisión. Más que aprovechadores de lo ajeno, mis tíos eran un descontrol administrativo.

No me resulta difícil viajar al pasado y ver con nitidez a mis tíos malos cuidando a mis abuelos, entonces devenidos en niños caprichosos. Me los imagino dándoles todos los gustos, sin medir consecuencias económicas o éticas.

Quizás mis tíos sí hayan sido unos malditos genios después de todo. No, no me refiero a los Trovato malos<sup>2</sup>.

# Estudio de la personalidad basado en la manipulación de un pan de manteca

No es cierto que no debamos juzgar a las personas. Todos lo hacemos, todo el tiempo, por cuestiones instintivas de supervivencia. En la antigüedad, juzgar o no hacerlo podía significar conservar la vida o perderla. En la vida actual y urbana, las consecuencias pueden ser menos dramáticas, pero no menos útiles. En el campo de juego, juzgamos al rival para saber qué tanto debemos preocuparnos. En el centro comercial, juzgamos al vendedor para saber si podemos confiar en él. En la vida, juzgamos al recién conocido para saber si le abriremos las puertas de nuestra intimidad. No juzgar sería infantil y peligroso. Juzgar y no admitirlo, demagógico. En todos los casos, lo importante es contar con herramientas objetivas que nos permitan evaluar a las personas sin caer en el prejuicio.

Es a partir de esta necesidad humana esencial que surge el *Estudio de la personalidad basado en la manipulación de un pan de manteca*, también conocido como el *Estudio* por cuestiones de practicidad.

El Estudio es una herramienta que permite conocer la personalidad de un individuo a partir de la observación metódica de cómo manipula un pan de manteca nuevo. Está diseñado en su totalidad sobre la base de mis opiniones personales y de ningún modo siguiendo los pasos del método científico, al mejor estilo Estado argentino, aunque con cierta pincelada literaria y sin generar millones de pobres.

Si de algo puede jactarse el Estudio es de no ser concesivo. El universo de las personas estudiadas —la humanidad toda— queda perfectamente definido en dos grupos, por no decir bandas: los dementes y los casos perdidos. La delgada línea que divide a estas dos tribus se compone de una única persona: yo mismo. Aunque no lo parezca, esto no significa arbitrariedad, sino un punto de referencia muy determinado. Clarificado el criterio, no nos demoremos más.

Hacia la izquierda del espectro de personas estudiadas, se encuentran los casos perdidos.

Dentro de los casos perdidos, el primer grupo lo constituyen aquellos que no comen manteca. Y ya lo decía mi madre: «No confíes en las personas que no comen manteca».

Sin dudas, los casos perdidos con problemas de salud encabezan la lista. Transportan en sus venas un valor demasiado alto del llamado colesterol malo. Las causas de ese número desfavorable son diversas y en todos los casos delatan problemas de fondo imposibles de ignorar: sedentarismo, mala alimentación, estrés. Si uno continúa excavando encontrará cuestiones todavía peores: rumbo perdido, falta de voluntad, ética endeble. En una palabra: problemas, y muchos.

De algún modo relacionado a lo anterior, se encuentran los casos perdidos que realizan una dieta. Personas que no comen manteca, ni muchas otras cosas, para cuidar su estado físico, fundamentalmente por cuestiones estéticas. Si los problemas físicos ya eran preocupantes, imaginemos cuanto peor serán los problemas mentales. Inseguridad personal, trastornos obsesivos y/o narcisismo.

Otro grupo notable de casos perdidos está compuesto por quienes no comen manteca por cuestiones filosóficas. No pocas veces, bajo el noble propósito de proteger a los animales, al medio ambiente y/o al propio cuerpo, se ocultan cuestiones mucho más serias: exceso de tiempo libre, prioridades trastocadas y problemas alimenticios. Y eso cuando no hablamos de inflexibilidad, superioridad moral y autoritarismo. Estamos ante personas que pueden estar días sin comer si no cuentan con sus superalimentos (como el kale), ya sea por viaje, sequía o guerra. Entre los casos más preocupantes, están aquellos que sí compran la manteca, pero preparan ese engendro llamado ghee. Una variante la constituyen los conspiracionistas, quienes ven en casi todo un plan de destrucción y/o manipulación de la humanidad que por supuesto incluye a los productores de manteca (inclusive a los más pequeños, como la micropyme rural Bobe Lácteos). Además de los problemas ya mencionados, podemos encontrarnos con traumas relacionados a la paranoia o al estudio excesivo de ciencias sociales. Muchos de sus miembros adhieren también al terraplanismo, antivacunismo y antiantenismo. A pesar de los válidos cuestionamientos, pertenecen a los casos perdidos y no a los dementes.

A continuación encontramos a las personas que no gustan de la manteca. Algo, ante todo, sospechoso. A veces, esta declaración encierra la



secreta adhesión a alguno de los grupos anteriores, una estrategia astuta que entiende los inconvenientes conceptuales de esa pertenencia pero aun así elige no renunciar a ella. Otras veces esconde algo mucho peor: el disgusto, además, por manjares comprobados como el dulce de leche, la milanesa o las vainillas. Se trata de individuos que podrían apuñalarnos por la espalda en cualquier momento.

Por último, están las personas que no comen manteca por razones desconocidas, indefinidas o inconcebibles. Aunque resulte difícil creerlo, son todavía más peligrosas que las anteriores, por lo que resulta imprescindible alejarse de ellas.

Pasemos ahora a los casos perdidos que sí comen manteca, muchísimos por cierto. Es menester aclarar que hay elementos que pasaremos por alto, no porque no contengan información valiosa, sino porque podrían sufrir variaciones importantes con el paso del tiempo. Y si algo debemos evitar en nuestra corta vida es que el paso del tiempo arrase con nuestra obra (¿Nosotros? Nosotros ya estamos perdidos). En resumen, me propongo evitar distracciones como el tipo de manteca, la marca o el lugar donde se la compra. En cambio, buscaré concentrarme en aspectos mucho más perdurables: cómo se abre el paquete, cómo se corta la manteca, como se aplica el corte sobre el pan y cómo se cierra el paquete.

Quizás la mejor forma de conocer a una persona, tal vez la única, sea ponerla frente a la tarea de abrir un paquete de manteca recién comprado. Vale la pena confirmar que me refiero al clásico pan de manteca, cuboide, envuelto en un ajustado simil papel prolijamente doblado en los extremos. La primera clave del escenario lo constituye la entrópica imposibilidad de cerrar igual de bien, una vez abiertos, esos extremos doblados de papel. El paquete solo puede avanzar en la dirección del deterioro. Por eso es tan importante la apertura. En gran medida, dementes y casos perdidos se diferencian por la forma en que se enfrentan a este desafío.

Una parte de los casos perdidos abre todo el paquete en la primera intervención, es decir, despliegan todos los extremos del paquete y estiran todo el papel dejándolo como base. Así, sin más, sin ningún atisbo de preocupación o culpa. Hablamos de personas que solo piensan en el presente. Poco les importa que más tarde no podrán volver a cerrarlo. Aunque parezca difícil de creer, quizás ni siquiera llegan a pensar en esa porción de futuro inmediato. Por supuesto, mucho menos en el resto del

futuro que se extiende desde diez minutos más tarde hasta la eternidad. Hablamos de individuos peligrosamente espontáneos, incapaces de acometer tareas como ahorrar o cumplir un horario.

Hay casos más preocupantes. Son aquellos que rompen el paquete sin ningún tipo de criterio, como si fuera el papel de un regalo. Para estas ¿personas?, el futuro de la manteca no tiene ninguna relación con el ahora. «Tiene que haber una lógica», piensa uno cada vez que presencia los procedimientos de estos seres de luz anclados en el ahora más inmediato. Sin embargo, no, no la hay. No hay nada. Cada vez que lo abren, rompen el paquete de una forma diferente, dando por tierra con cualquier teoría salvadora que uno pretenda esbozar. Estos individuos son directamente una amenaza. Desconocen por completo la palabra planificar y, en consecuencia, su significado y su ejercicio.

Ya abierta la manteca, es el momento de observar cómo las personas la manipulan. Tal vez este sea el momento más sensible de todo el Estudio.

Es un hecho innegable que a uno se le retuerce el estómago cuando esas personas que parecían portar una cierta normalidad, sonrientes, de higiene razonable, no solo abren la manteca de algunas de las formas anteriores, sino que acto seguido la *caranchean*. Así es, esa es la imagen: se aproximan a la manteca expuesta, la husmean y luego la caranchean como si fuera un zorro arrollado en medio de la ruta. En realidad, el verbo adecuado sería *mordisquear*, no tanto por el significado sino por la fonética. Estos individuos mordisquean el pan de manteca impecable y lo dejan imperdonablemente mordisqueado. Colectan *cachos* de manteca sin criterio y los aplican sobre el pan. A medida que se suceden las puñaladas sobre el pan de manteca, este va perdiendo su orgullosa forma industrial para dar paso a un simple adefesio, a otra cruda debacle ambiental provocada por el ser humano. La inferencia es por demás evidente. Estos sujetos mordisquean también vidas propias y ajenas. Hacen las cosas mal una y otra vez, sin conectar jamás con los cacho-resultados que su accionar ha generado.

La forma de aplicar la manteca sobre el pan es otra fuente inagotable de indicios. En general, la técnica está muy condicionada por el modo en que se cortó la manteca. Por ejemplo, si la manteca ha sido mordisqueada y el resultado son cachos de manteca, la consecuencia solo puede ser una: la presión sucesiva sobre esos cachos con el objetivo de alisarlos. Por efecto

transitivo, la presión se ejerce también sobre la tostada, pieza frágil de pan que siempre termina perforada, agujereada, desfondada, con hilos de mermelada o dulce cayendo por la herida. Así es la vida de estas personas. Una serie de desprolijidades iniciales que derivan en intentos de alisado recurrentes y dolorosos. Este amontonamiento de ajustes se acumula sobre la precariedad tostada de la vida dando lugar a un fruto apisonado, resquebrajado y roto.

Es muy improbable que los mordisqueadores —destructores de tostadas y vidas— no pertenezcan también al grupo que sigue. Hablamos de las personas que manchan la manteca con mermelada o dulce, ya sea porque usan un solo cuchillo para todo o bien porque manchan todos los cuchillos que utilizan. Visto desde el otro lado del mundo, también manchan con manteca el dulce o la mermelada. Pocas cosas hay en el universo tan desmotivadoras como encontrar vestigios de dulce o mermelada, secos, sobre la manteca. Los responsables de semejante vejación son los mismos individuos que chupan los cuchillos —un verdadero crimen— y por supuesto suelen trasladar esa corrupción a todos los aspectos de su vida. Dejan el piso del baño mojado, entran con los pies embarrados a la casa recién trapeada o invitan a comer sin consultar a personajes todavía más indeseables. Hay más. Estas criaturas pueden todavía dar un paso extra en el interminable camino de la indignidad y dejar esos cuchillos infestados dentro del frasco, sobre el mantel (limpio) o directamente clavados en la manteca. Debemos saber que carecen de límites y estar preparados para imponerlos cuando, de manera inevitable, llegue el momento.

En otra dimensión de los casos perdidos, encontramos a quienes cortan fetas de manteca demasiado gruesas, de esas que dan impresión. Sobre ese colchón amarillo suelen poner uno, dos o hasta tres capas adicionales de otros dulces y/o mermeladas. Personas desbordadas, o desbordables, que no saben o no pueden contenerse. Individuos volubles, epicúreos y proclives a decepcionar. Nunca jamás debemos poner nuestra confianza, y mucho menos nuestro destino, en la cercanía de sus insaciables manos.

Llegado a este punto, no hay mucho más que hacer con la manteca o con lo que queda de ella. Solo restaría torturarla para que lllore. Ya agotada toda posible alevosía, lo esperable sería «cerrar» el «paquete» y guardarlo, si es que tal cosa tiene algún sentido en el plano de la realidad, donde el

«paquete» es en verdad incerrable. En buena medida, la imposibilidad de lograr el cierre es una consecuencia directa de haberlo abierto de manera deficiente. Sin embargo, lo verdaderamente preocupante, lo que altera todos nuestros sistemas sensoriales no es esa conclusión natural, sino la despreocupación, la absoluta falta de remordimiento que muestran los casos perdidos en cuestión.

Por ejemplo, un caso perdido toma los trozos de paquete residuales —seguramente manchados con manteca, queso y/o dulce— y los apoya a la marchanta contra lo que queda de la manteca —seguramente también manchada con queso y/o dulce—. Por supuesto, el paquete no cubre la manteca. La manteca queda expuesta de mil maneras, como un corazón herido. Lo más probable es que la manteca y el papel del envase queden fundidos —junto al queso y/o dulce— en un mazacote que se fortalecerá con el enfriamiento de la heladera. La manteca, la mermelada, el dulce y el papel ya son irreconocibles por separado. Son una única e indivisible pasta. La próxima vez, al retomar la manipulación del «pan de manteca», los casos perdidos profundizarán el descontrol al intentar despegar los trozos de papel de la manteca con sus uñas largas y sucias, arruinando todavía más un panorama que ya considerábamos terminal. De esta forma manejan el resto de sus asuntos estas personas. No reconocen los problemas y por lo tanto no pueden solucionarlos. Pero además los acumulan, empastan y ensucian hasta el punto del bodoque. Un día se dan cuenta de que su vida es un desastre. Todos sus problemas están fundidos en un único super problema inmanejable. No es posible desarmar la madeja. Es demasiado tarde.

Aunque resulte difícil creerlo, hay todavía casos peores. Son aquellos que, por imposibilidad (lo rompieron, lo tiraron) o por comodidad, prescinden del paquete. Dejan la manteca descubierta, ya sea sobre la base de papel o sobre un platito. Así nomás la guardan en la heladera, exponiendo la preciada mantecosidad a resecarse o mancharse con las cosas que van y vienen ahí adentro. No es extraño golpearla con la base de las botellas, chorrearla con algún líquido de un estante superior o directamente tirarla al piso. Por supuesto, los casos perdidos no se alteran demasiado. La limpian un poco con el dedo, tal vez salivado, y listo. El perfil es claro: personas que no solo cometen errores irreversibles, sino que los sostienen a cualquier precio, a pesar de que la evidencia grite la necesidad de un cambio.

Por último, para cerrar el circense mundo de los casos perdidos, tenemos a quienes no guardan la manteca en la heladera, sino que la dejan afuera, sin inmutarse, inclusive durante el verano. Poco importa que la manteca se vaya derritiendo como una vela frente a sus ojos o que vaya adquiriendo un amarillento y repugnante olor a rancio. Cuando estas personas por fin se dan cuenta del error, simplemente meten la manteca en la heladera. No hay lamentos ni reproches, tan solo negación. No es extraño que más tarde terminen con dolor de estómago que de ningún modo encuentran relacionado al montículo de lácteo graso y podrido que acaban de comerse. Así son: negadores.

Hacia la derecha del espectro, se encuentran los dementes. Personajes siniestros que logran generarnos una inimaginable nostalgia por los casos perdidos, quienes al menos eran simpáticos. Me atrevo a asegurar que lo único bueno que le queda a un caso perdido es no ser un demente. A un demente, en cambio, no le queda nada.

El indicio que mejor delata a los dementes es el uso de mantequera. Estamos ante maniáticos que se hunden en los detalles hasta perder de vista el cuadro general. Personas que tienen utensilios como secador de lechuga, cortagotas y pava eléctrica. Por supuesto que estos individuos fracasan en sus vidas y también lo hacen sin saber por qué, pero por las razones contrarias a las de los casos perdidos. En lugar de no importarles nada, les importa todo. Dos formas opuestas de no saber priorizar. En ambos casos, por ser en verdad una misma causa última, los desenlaces indeseables son los mismos.

Los dementes pueden tener diferentes mantecas para diferentes usos, usen mantequera o no. Inquietante. Es posible que tengan además dos tostadoras, dos paraguas y hasta dos bicicletas, como si fueran suizos. El diagnóstico es claro como el cielo riojano: inseguridad, necesidad de control, neurosis.

Otra prueba contundente a la hora de detectar dementes consiste en observar si las personas sacan la manteca de la heladera «con tiempo» para que se «desentumesca». Y si usan esta última palabra, a correr.

A la hora de la apertura, el principio que guía a los dementes se basa en afectar lo menos posible el papel del paquete. Buscan con toda ansia que este no se rompa, no se arrugue y no se ensucie. La utopía última consiste en lograr que el paquete quede como estaba en un comienzo luego de

cerrarlo. Para lograrlo, la idea general que manejan es abrir el paquete con extrema prolijidad, memorizando cada pliegue, con el objetivo de dar los pasos inversos a la hora de cerrarlo. Estas personas buscan esa perfección como si se tratara de un destino manifiesto. Por supuesto, no lo logran, y esto trae aparejadas consecuencias de manual: frustración, insatisfacción, depresión. Simples consecuencias de la idealización de la realidad, situación que por definición nunca puede ser alcanzada.

Un poco más realistas, otros dementes utilizan una técnica un tanto más sofisticada. Se trata de cortar directamente el paquete cerrado, es decir, manteca más papel. El propósito es evitar la desgastante tarea de la apertura y cierre del paquete. Hecho el corte, de un lado queda intacto el pan de manteca mayor y del otro se manipula la porción menor. Los problemas de esta técnica son por lo menos dos. El primero es que deben decidir de antemano la porción de manteca que comerán y difícilmente haya marcha atrás. En el caso de sobrar, deberán comer a la fuerza esa porción de manteca o tirarla, mientras que en el caso de faltar habrá que quedarse con las ganas o correr el riesgo de repetir la técnica (con mayor esfuerzo dado el paquete ya abierto y la probable necesidad de un corte más fino). El segundo es la dificultad de volver a cerrar la manteca y la inexorable exposición de ese lado abierto a la acción oxidante del mundo exterior. Para finalizar, es importante dejar constancia que estas personas habitan en la región fronteriza con los casos perdidos. Si bien los hemos mantenido dentro de los dementes, siempre están en peligro de dar un mal paso y caer del otro lado del abismo.

Algunos dementes practican una variante de la técnica anterior. No hacen un corte total del paquete, sino solo hasta la base. Es muy posible que las personas apoyen un cuchillo filoso sobre la parte superior de la manteca y tiren del papel para que la fuerza sobre el cuchillo produzca el corte. De ese modo, la base permanece intacta y se conservan ciertas posibilidades de éxito a la hora de cerrar el paquete. El procedimiento es tan amañado que preocupa. Tanto detalle por un pan de manteca no puede ser inofensivo. Hablamos de individuos que tienden al exceso de análisis y son proclives a enredarse en sus propios razonamientos. A menudo, son presas fáciles de la contradicción, el inmovilismo y la indecisión.

Abierto el paquete, el grueso de los dementes optará por cortar finas fetas de manteca que luego aplicará de manera sucesiva y contigua sobre la

tostada. Este procedimiento carece de cualquier clase de interés o carisma, algo que de ningún modo debe sorprender, aunque sí preocupar. Es el fiel reflejo de las vidas de estos desgraciados. No hay sutilezas, ni imprevistos, ni aventuras. Una vida por omisión con todas las letras. Un paso anónimo por el mundo. Hablamos de personas que han creado y utilizan el argumento «¿para qué?, si así estamos bien». Esta falta de gracia general se traduce en vacío existencial, autocrítica feroz y resentimiento. Y eso para no hablar de las evidentes dificultades a la hora de las relaciones sociales más elementales.

Siempre con los mismos principios, algunos dementes eligen encarar la apertura del paquete por arriba. Abren prolijamente todo el envase y dejan expuesta la manteca en su totalidad. Con el paquete bien abierto, raspan suavemente (si en lugar de eso rasquetean, es muy probable que estemos ante un caso perdido) la cara superior de la manteca y de ese modo la consumen desde arriba hacia abajo. Como si eso los hiciera mejores personas. El caso es directamente grave si el raspado busca la forma de «rulito» en la manteca extraída. Se trata de los mismos individuos que compran la manteca que no viene envuelta en papel, sino en un recipiente de plástico, una decisión reprochable en sí misma. En todo esto solo es posible ver soberbia expansiva. Torres de marfil, banquitos morales, dedos acusadores. Si nos disgusta ser maltratados, entonces no hay que dar ninguna oportunidad a estos sujetos.

Ya aplicada la manteca, existe la posibilidad de que los dementes deseen agregar una capa de mermelada o dulce. Los más dementes acostumbran elegir mermelada. Y si son muy pero muy dementes, prefieren gustos del tipo frutos rojos. Para cada unguento se dispone de un cuchillo o, peor todavía, de una paletita aplicadora. Bajo ningún punto de vista, nunca jamás, los ungüentos se mezclan fuera de la tostada. Tampoco es que allí se mezclen, sino que se apilan uno sobre otro con prolijidad. Si algo falla en el proceso, estos individuos sufren de transpiración súbita, ansiedad y taquicardia. Son los mismos sujetos que tienen un producto de limpieza para cada superficie de la casa, una bolsa para cada tipo de basura y un té para cada estado de ánimo. En resumen, unos pesados.

Por último, los dementes coronan todo el procedimiento cerrando el paquete con relativo éxito, gracias a todos los cuidados puestos en las fases previas. Este es el momento clave. Aquí es donde el demente se consagra o

se hunde en la angustia más breosa. La eventual victoria lo predispone optimista para la próxima tarea hiperprotocolizada de su día, mientras que la derrota no lo asalta solo por el mal resultado obtenido, sino porque ya comienza a padecer la difícil situación que deberá enfrentar cuando deba reencontrarse con el paquete imperfectamente cerrado.

Así es como llegamos al final de este Estudio. A partir de este momento, sus vidas —sí, las de ustedes— ya no serán las mismas. Ya no podrán ser testigos neutrales de una manipulación de pan de manteca. Más todavía, ya no podrán abordar una nueva relación sin enfrentar con un pan de manteca nuevo a ese ser emergente que busca ser parte de sus vidas. No les bastará con saber el signo astrológico del pobre diablo —una herramienta por demás difusa—, sino que necesitarán la precisión implacable del Estudio. Y está bien que así sea. Y está bien que yo me alegre de ello.



# El eterno dilema (Vida alternativa de Marx I)

*«No puedo satisfacer plenamente  
las ansias que aletean en mi espíritu  
ni gozar del reposo y de la calma  
porque se agita en mi interior un huracán.  
Querría abarcarlo todo, poseer  
los dones más hermosos de los dioses,  
penetrar en los secretos de la ciencia,  
disfrutar de los arcanos de las artes.  
No hay límites aún a mi osadía  
que me empuja a un cansancio interminable  
y destierra la apatía y el silencio  
hacia el fondo del abismo de la nada.  
No quiero vivir medrosamente  
soportando el temor a yudos mezquinos:  
se aviva cada día en mis entrañas  
el fuego del deseo, del afán y de la acción.»  
Karl Marx, poema*

Karl Heinrich Marx nace el 5 de Mayo de 1818 en la ciudad alemana de Tréveris.

Es educado en su hogar hasta cumplir la edad de doce años. En 1830, se convierte en estudiante secundario del Instituto de Tréveris.

Cinco años más tarde, ingresa en la Universidad de Bonn. Si bien desea estudiar filosofía y literatura, termina inclinándose por el derecho, en buena medida por las presiones de su padre, quien desea para su hijo una profesión con buenas perspectivas laborales. Tan solo un año después, debido a sus malas calificaciones, su padre lo obliga a continuar los estudios en la Universidad de Berlín, una institución académica mucho más seria y formal. Allí, sus estudios de derecho continúan declinando, al igual

que su interés y confianza en la literatura que produce. No es para menos. En cambio, crecen sus incursiones en la filosofía y en la historia.

De esa época es el poema que encabeza este escrito. En él, puede verse con claridad la batalla que crece en el interior de Marx y que no lo abandonará hasta el final de sus días. Se trata del conflicto entre su intensa vida intelectual y su profunda necesidad de acción. El eterno dilema entre pensar y hacer, entre desear y realizar, entre comprender y transformar.

Esa tensión también se manifiesta en su pequeña obra *Tesis sobre Feuerbach*, donde expresa su famosa frase: «los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo». En este compendio de breves principios filosóficos, Marx critica al antiguo materialismo por contemplativo y mecanicista; al idealismo por abstracto, especulativo y ambiguo; y a la filosofía en general por teórica, por autolimitarse a la interpretación pasiva del hombre y su historia.

Sin embargo, al mismo tiempo, Marx siente la profunda necesidad de comprender la realidad como condición indispensable para actuar sobre ella. Teme poner manos a la obra en una dirección equivocada, arrastrado por diagnósticos imprecisos. No quiere caer en el idealismo sin fundamentos de los socialistas utópicos, más sustentado en bellos deseos que en sólidos hechos demostrables. Es por ello que busca sostener sus teorías en la fundamentación científica, algo reconocible en sus trabajos, más allá de las críticas posteriores que Popper y otros filósofos realizarán sobre su trabajo.

Marx se enfrenta a una encrucijada de difícil resolución, pues el estudio científico de la realidad lo hunde cada vez más en la lectura, la teoría y el análisis, y lo aleja de la acción a la que tanto desea abocarse. Por un momento, cree convertirse en aquello que critica. A pesar de confiar en sus convicciones (tan difícil de ser demostradas), conserva la capacidad de cuestionarse. «¿Son estas lecturas, estas reflexiones, estos ensayos, verdaderos actos transformadores? ¿Son estos estudios una parte indispensable de la acción? ¿Tengo disponible, acaso, otra forma de hacerlo? ¿Estoy convirtiéndome en un contemplativo, en un teórico, en un abstracto? ¿Puedo interpretar este trabajo intelectual como una forma de acción indirecta o, al menos, como una inversión de acción a futuro?». Cuanto más estudia y escribe, más le pesan estas preguntas.

En 1841, Marx se doctora en la Universidad de Jena. Su tesis defiende el ateísmo propuesto por Epicuro. Por esa razón no la presenta en Berlín, donde los profesores son más conservadores. El logro, lejos de satisfacerlo, lo deprime, pues le sabe a superficie. Se siente vacío, a pesar de tratarse del mayor logro de su carrera académica.

A partir de esa insatisfacción, Marx comienza a perder confianza en su tarea como intelectual. No la abandona, pero deja de poner en ella toda su energía. En parte por eso, un año más tarde, Marx rechaza una oferta como columnista en el *Rheinische Zeitung*, un periódico con sede en la ciudad de Colonia. Aunque no puede saberlo, esa decisión le evitará, en el futuro, censuras, persecuciones y exilios.

Descartada la mudanza, Marx comienza a frecuentar diferentes grupos de trabajo comunitario en Berlín. Visita comedores, grupos de apoyo a quienes viven en la calle y mitines de trabajadores que buscan organizarse para resistir la explotación a la que se sienten sometidos por la naciente revolución industrial. A estas actividades dedica gran parte de su tiempo durante la década de los años cuarenta.

Esas contribuciones directas traen algo de alivio a su alma dividida. Por primera vez, siente estar haciendo algo concreto. Ve con sus propios ojos cómo esas almas olvidadas viven un poco mejor gracias a su ayuda. Ve manos frías aferrarse a una taza caliente como un náufrago a un pedazo de madera. Ve ojos que vuelven a vibrar, no tanto porque ahora tienen un abrigo, sino porque esa ayuda les devuelve la confianza en la humanidad. Ve en los demás asistentes sociales la solidaridad de los que se entregan con generosidad, sin tener ninguna necesidad (directa, evidente) de hacerlo.

Sin embargo, el martirio ahora mitigado de Marx permanece latente en su esencia. No le resulta fácil encontrar sosiego. Cree que el mundo continúa igual de mal, a pesar de su ayuda efectiva y material a unas cuantas decenas de personas. Sospecha que su aporte es testimonial, casi egoísta, una forma de desentenderse del problema general y sistémico. Una forma de justificarse, de creer que él ha hecho su parte y que eso lo exime de la responsabilidad sobre el resto. Sabe, en el fondo, que tiene mucho más para dar.

La pulseada entre el intelectual y el asistente social recrudece, aunque ninguno de los caminos, ni separados ni juntos, le brindan una tregua. El intelectual tiene el potencial de lograr un impacto mayor, tal vez a futuro o

con la ayuda de otros, al precio de que quizás no logre nada. El asistente social puede ayudar de inmediato, pero de una manera muy limitada, demasiado condenada a dejar intactos los problemas del mundo. Hasta ahora, no está convencido de nada de lo que hace, pero tampoco ve otras alternativas.

Marx no puede decidirse y avanza en simultáneo con las dos caras de su personalidad hasta el punto de la extenuación, el estrés y la enfermedad.

El intelectual necesita cada vez más tiempo y energía para obtener un resultado cuyas consecuencias son inciertas. Hasta el momento, su producción ha sido ignorada por casi todo el mundo. Una de las pocas excepciones es Friedrich Engels, quien en 1849 le propone mudarse a Londres para profundizar sus estudios económicos. Luego de algún titubeo, Marx declina la propuesta.

El asistente social, por el contrario, se ve arrastrado por las urgencias de sus asistidos, quienes son cada vez más, tienen necesidades crecientes y han encontrado en él la esperanza de un futuro mejor.

La simple dinámica de los acontecimientos empuja a Marx al asistencialismo social. Elige la inapelable factibilidad del hoy por sobre el incierto idealismo del mañana. Y lo hace hasta el día de su muerte. El aporte es modesto para la talla de sus aspiraciones, pero enorme para sus asistidos de carne y hueso, quienes cultivan un verdadero amor agradecido por ese hombre barbudo, noble y orgulloso. Ese mismo que fatiga las puertas de familias acomodadas y oficiales estatales para conseguir ayudar a ese ejército de desposeídos que atiborran las calles de Berlín.

Mientras tanto, el intelectual se va diluyendo hasta desaparecer, como también lo hacen, lenta y silenciosamente, las revoluciones del futuro.

Marx muere del todo el 14 de marzo de 1883.

# Las tres sombras

*«“¿Qué son, querido Maverick, las sombras?” , preguntó Ludwig.  
“Pues muy simple, Ludwig, las sombras son el reverso del sol”, respondió  
Maverick.»  
Peter Epr, refiriendo un diálogo apócrifo al ser consultado sobre las  
sombras.*

Mi hermana tiene tres sombras, esas regiones personales de oscuridad adonde la luz no llega. No me refiero, apelando a un eufemismo, a su inconsciente simbolizado ni a otras extravagantes interpretaciones psicoanalíticas. Tampoco a la exposición de su humanidad a múltiples fuentes de luz, ni a un eventual ejercicio suyo del milenario arte-entretimiento de las sombras chinescas, ni a ningún otro artificio de origen técnico que la involucre. Hablo de verdaderas oclusiones, sombras definidas, propias y concretas. ¿Sus nombres? Sombra, La Gorda y Corazón de León.

Es importante dejar en claro, para evitar cualquier tipo de especulación, que todos tenemos más de una sombra. Estoy seguro, inclusive, de que mi hermana tiene más de tres. Y serían aún más si contempláramos las penumbras, esas tramas de grises intermedios que llevan de la más blanca luminosidad al más tenebroso de los negros.

La diferencia entre nosotros —ustedes y yo— y mi hermana consiste en que ella tiene el coraje de aceptar a sus sombras y exponerlas a la luz del día. Y a la luz de la noche, ya que La Gorda y Corazón de León brillan todavía más cuando reina la oscuridad, la quietud y la reflexión. Lo que quiero decir es que mi hermana no le teme del todo a lo desconocido y es la única que puede decir con autoridad «yo tengo tres sombras».

No es fácil lidiar con las sombras, Leonardo ya lo insinuaba: «Sombra y luz. La una esconde, la otra revela. [...] y la sombra tiene más poder que la luz». Hay que cuidarlas, contenerlas y hasta educarlas. También buscarlas cuando se pierden o atenderlas si caen en la enfermedad. En el caso de mi hermana, tal vez lo más difícil sea lidiar con el resto de las personas,

quienes no dejan de martirizarla con el tema, tanto cuando conversan con ella como cuando lo hacen a sus espaldas. En este último caso, el martirio se ejecuta en voz baja e involucra teorías de lo más sorprendentes.

Algunas señoras de edad avanzada, creyentes, son las principales impulsoras de esas habladurías. Asocian las tres sombras de mi hermana con almas en pena, privadas de un juicio final, o con ánimas divagantes cuyos cuerpos se extinguieron de modo súbito y violento. Sugieren, además, la posibilidad de que esos espíritus errantes no hayan sido admitidos por El Supremo en el cielo, ni por La Antigua Serpiente en el infierno. Un tenaz subgrupo de estas señoras, de conocidas raíces judeo-alemanas, insisten en afirmar que mi hermana habría vendido su sombra al diablo, como alguna vez lo hizo Peter Schlemihl.

Los más jóvenes tampoco ahorran teorías de tintes condenatorios. Aseguran que las sombras de mi hermana expresan su yin, es decir, su impureza, su opresión o su «mala vibra».

De este modo tan irrisorio, las historias acusatorias sobre mi hermana se multiplican hasta lo indecible. A mí me causan una enorme gracia. ¿Cómo es posible caer en semejantes dislates para explicar algo tan elemental como tres sombras, simples e inofensivas, llamadas Sombra, La Gorda y Corazón de León? Desde ya, eso no me impide sugerir la posible veracidad de esos rumores y hasta incluirme en ellos, desde una discreta lejanía, con el poco elevado propósito de incrementar los temores de quienes los propagan.

«Pero ya, hombre, deje de dar tantas vueltas y empiece a hablar de las tres sombras, especialmente de esa a la que llama Corazón de León», deben pensar muchos de ustedes, los impacientes, tal vez sin medir que esa sed de historias los pone a merced de los habladores seriales. Pues sí, lo haré, pero no para ceder a sus presiones, sino porque yo también soy un miserable hablador sin sombras. Y para demostrarlo, bajo ningún punto de vista comenzaré hablando de Corazón de León, sino de Sombra.

Sombra es la más predecible de las tres. Tiene un admisible parecido con la más evidente de las sombras que todos tenemos. A grandes rasgos, podría ser utilizada como base proyectada para delinear con un pincel la figura de mi hermana, a imagen y semejanza del entrañable mito popularizado por Plinio El Viejo. Diría que Sombra es casi trivial. Resulta visible por contraste con la luz, es decir, podemos verla mejor cuando

exponemos a mi hermana a algo brillante como el sol, una lámpara eléctrica o un alma noble. Cuando el día es soleado, su longitud varía de un modo bastante consistente con el correr de las horas. Digo «bastante» porque es más relajada que nuestras sombras, las regulares, en buena medida debido a la existencia de sus compañeras La Gorda y Corazón de León. Gracias a ellas, Sombra no siente una completa responsabilidad por la sombritud de mi hermana y, por lo tanto, asume su misión con un aplomo que roza lo excesivo. Tiende a ser distraída, imprecisa e impuntual. No es extraño que mi hermana comience a caminar y ella permanezca estacionada, generalmente acurrucada o «mirando» hacia otro lado. Cuando cae en la cuenta de su falta, se despabila nerviosa y alcanza a mi hermana tan rápido como puede. Esa sombra agitada, corriendo tras su dueña a gran velocidad, despierta desconcierto entre los caminantes que presencian el fenómeno. Como un acto reflejo, miran hacia arriba y, ante el vacío que les devuelve el cielo, comienzan a buscar en derredor una respuesta o, al menos, una complicidad. Entonces, de vez en cuando, encuentran mis ojos y puedo leer en los suyos el temor a lo inexplicable. En la misma línea de comportamiento, Sombra sigue las formas corporales de mi hermana de un modo torpe e inexacto; por ejemplo, cuando está exhausta, una mano abierta de mi hermana expuesta al sol puede verse en el suelo como un muñón, sin dedos ni otros detalles de terminación. ¿Se manifiesta Sombra cuando la noche arrecia y no hay contraste que la proyecte? Por supuesto que sí. Como el sol, aunque no las veamos, las sombras siempre están.

Bastante diferente es La Gorda. Representa, posiblemente, el rincón más recóndito de mi hermana: su umbra. No hablo de artes oscuras ni de magia negra, sino más bien de bajos instintos. En sus orígenes, tan remotos como los de mi hermana, La Gorda fue bautizada con otro nombre, ahora olvidado por todos con justicia. A fuerza de potencia descriptiva, el nuevo nombre se impuso de forma natural y silenciosa. Gracias a él, es mucho más fácil imaginar qué podemos esperar de esta sombra. Lo primero es una pasión clara y contundente, algo de lo cual no todos podemos presumir. Me refiero a su pasión por alimentarse. Por supuesto, no se trata de la más mundana de las alimentaciones. ¡Por favor, un poco más de imaginación! Este arrebatado deseo es tan solo la punta del *iceberg* de un ser emocional, impulsivo y espontáneo. Y, por lo tanto, querible. En directa relación con su hambre insaciable, la figura de La Gorda desborda a la de mi hermana y se

expande sobre un área desmesurada. En invierno, cuando uno busca las tibias caricias del sol, es preferible evitar las inmediaciones de mi hermana. Ya sin distinguir estaciones, La Gorda se mueve de un modo lento y pesado, arrastrándose, como cuando se cumple una misión por puro deber. Su proyección distorsionada es absolutamente independiente del ángulo entre mi hermana y el haz luminoso en cuestión. Los movimientos de esa fuente de luz no afectan la percepción de su figura, como tampoco lo hacen las superficies sobre las cuales se desplaza, por lo general con movimientos fatigados. Debido a estas consideraciones técnicas, La Gorda resulta absolutamente inadecuada para practicar el arte de la medición y llevaría a la ruina a los mismísimos Bohr y Mileto.

Ahora que mi libertad de discurso ha quedado demostrada, puedo por fin hablar de Corazón de León. Haciendo honor a su nombre, se trata de una sombra impetuosa. Sigilosamente ingobernable. Su presencia es solemne, con aires señoriales, y su andar es elegante, realzado por la frente en alto, el plexo abierto y la actitud altiva. Tiene también unos ojos pequeños, casi siempre abiertos y un tanto inexpresivos. «¿Una sombra con ojos? ¿Pero cómo sabe todo esto?» ¡Pues porque la he visto! ¿La han visto ustedes acaso? ¡Entonces, por favor, un poco de respeto y paciencia! Como correspondería a una sombra, Corazón de León suele seguir a mi hermana, pero lo hace con una marcada independencia de criterios, como si quisiera dejar en claro que esto sucede porque así lo ha decidido y no porque sea su obligación de sombra. A veces, de un modo bastante reprochable, desaparece. Así de simple, señoras y señores: Corazón de León abandona a mi hermana y la deja desahuciada, sin una de sus sombras y sin más aviso que los hechos consumados. No hay, como en el caso de Peter Pan, accidentes indeseables ni voluntades doblegadas. Mi hermana, una finísima escritora, refuta entonces sin saberlo las palabras de su demasiado admirada Dore Ashton: «La muerte sigue a los artistas constantemente, como su sombra». La desaparición súbita de Corazón de León altera con violencia a mi hermana, quien tiene sentimientos muy profundos por sus sombras, tal vez incomprensibles para todos nosotros. De poco me sirve consolarla y explicarle que Corazón de León volverá pronto, como vuelve siempre esa sombra irreverente. De un modo ruin, busco consolarla resaltándole que al menos conserva sus otras dos sombras. Ella me escucha, mira por un momento a Sombra y a La Gorda, y entonces vuelve al llanto sin remedio.



La angustia puede extenderse durante días, hasta que Corazón de León por fin reaparece.

Es verdad, hay que decirlo: mi hermana no está completamente en sus cabales. Ya enfatizado su coraje, es justo mencionar que su cordura se encuentra —digamos— un tanto comprometida. No es para menos: imaginen lo difícil que debe ser para cualquier persona desenvolverse con tres sombras que la orbitan. El síntoma más claro de estos desórdenes mentales lo constituye su tendencia a humanizar a sus sombras. La mayor parte del tiempo las trata como si fueran personas, hablándoles abiertamente. Les comparte reflexiones, poemas y hasta sueños, aunque también les consulta sobre los problemas más elementales de su vida cotidiana. Como bien sabemos, las sombras no hablan (o mejor dicho, no hablan tan claramente), así que por supuesto no pueden responderle. Mi hermana disiente sobre esta verdad y asegura obtener respuestas clarísimas, generalmente coincidentes con sus propios puntos de vista.

Cuando mi hermana les habla de mí a sus sombras, lo hace llamándome «el tío». Yo revoleo los ojos y suspiro, pero acepto seguir el juego, confiando en que tanta irrealidad no terminará por devorarme. Las sombras confían en mi hermana y, en buena parte por transitividad, me han tomado un cariño honesto y expresivo. Cuando llego, «vuelan» a mi encuentro, me rodean y, de un modo sombresco, me festejan. Yo, lo admito, también he aprendido a quererlas.

El insano desvarío de mi hermana no impide que sus sentimientos por Sombra, La Gorda y Corazón de León sean verdaderos y profundos. Por el contrario, lo confirma. ¿No es la locura, después de todo, una parte indispensable del amor?

Hubo un día en el cual las cosas estuvieron a punto de cambiar para siempre. Una vez más, como lo hacía a menudo, Corazón de León volvió a desaparecer. La desesperación de mi hermana no llegó toda junta, sino de a poco, en cuotas, como una tortura bien ejecutada. Los primeros días manejó sus ansiedades de un modo bastante rescatable. Tan solo hubo que atender sus mareos, sus vómitos y sus ataques de pánico. Nada inusual. Lo verdaderamente serio vino más tarde, cuando (por primera vez) los días se convirtieron en semanas y Corazón de León seguía sin aparecer.

Inútiles fueron los esfuerzos de Sombra y La Gorda (y los míos) por apuntalar el devastado ánimo de mi hermana. La primera lo intentó

concentrándose, buscando cubrir con aplicación y empeño el vacío dejado por Corazón de León, tanto en los alrededores de mi hermana como en su alma. La segunda, desplegando su sombría calidez, como un bálsamo, sobre la dolorosa herida de su amada dueña.

Luego de varias semanas que parecieron años, cuando la situación se había vuelto insostenible y yo temía un desenlace definitivo y fatal, Corazón de León regresó, como había regresado siempre. El reencuentro fue conmovedor. La sombra pródiga llegó a todo «galope», con desatado desenfreno, como si cada uno de los días de su desaparición hubiera ansiado ese momento. ¿Contradicción? No lo creo. ¿Cuántas veces postergamos deseos y sentimientos en el altar de una necesidad —de ningún modo una razón— que nos sujeta y nos apremia desde un lejano abismo interior, como la indispensable agua en la profundidad de un aljibe? ¿No hemos aprendido, acaso, que aun el amor más fuerte está condicionado por imperativos íntimos y arbitrarios, a menudo ajenos a nuestra comprensión?

Mi hermana, a su vez, enloquecía de felicidad. En un instante, había convertido en júbilo toda la agonía acumulada durante semanas. ¡Qué necesaria es la angustia, a veces, para sentirse pleno!

Yo... yo creo que nunca había llorado tanto de alegría (de dolor, por supuesto que sí).

Las razones de Corazón de León fueron y serán siempre desconocidas, como tantos otros acontecimientos —especialmente los más sombríos— que escapan a nuestra conciencia. ¿Es sensato aspirar a la comprensión de una sombra? Pues no, lo único sensato es sabernos un clarooscuro.

Cuando el incidente que acabo de contarles se instaló definitivamente en el pasado, mi hermana tuvo por fin tiempo para meditar largamente sobre lo acontecido. Supo entonces que Eduardo Galeano tenía razón y que, en el futuro, volvería a tenerla. «Supo que la sombra siempre vuelve, traída por el sol, como un anillo en busca del dedo o un abrigo viajando hacia el cuerpo. [...] Y ahora, cuando se está achicando, al cabo de los días de su vida, tiene pena de morir y dejarlas sin ella.»

# El fugitivo

*Para Fabián.*

No resulta difícil conseguir información sobre Dagan Zhou. Una simple búsqueda en Internet nos permite saber que se trata de un antiguo diplomático chino. Es recordado hasta el día de hoy por sus crónicas de viaje al Imperio Khmer, localizado en el territorio de la actual Camboya. Allí prestó servicios para la realeza china hacia fines del siglo XIII. La información señala, también, que no existen registros oficiales (chinos) de esta misión diplomática y que son muy pocas las certezas sobre cómo transcurrieron sus días con posterioridad a la misión.

Las crónicas se titulan *Las costumbres en el Imperio Khmer* y son referidas en la actualidad como *Las costumbres de Camboya*. Tienen cuarenta páginas, tan solo un tercio del original (las páginas faltantes se consideran perdidas). En ellas, Dagan Zhou desarrolla (en una escritura china clásica, aunque con algunos localismos) la más completa descripción de la que se tenga registro sobre las costumbres diarias de los habitantes de Angkor, la capital del poderoso Imperio. Es considerada la ciudad más grande del mundo hasta los tiempos de la Revolución Industrial. Se estima que llegó a tener un millón de habitantes y que tan solo sus templos demandaron más material que todas las pirámides egipcias juntas.

Dagan Zhou también describe en detalle los magníficos Templos de Angkor y se detiene en el célebre templo de Angkor Wat. Destaca sobre él que «según las sabias instrucciones del Rey Khmer, se orienta hacia el Oeste, de espaldas al mañana (la salida del sol), en diametral oposición a todos los demás templos, a sus constructores (los reyes previos) y a todas las antiguas ideas fundamentales (Dios, la Muerte y el Tiempo)». Debido a la falta del documento original completo, la sutil cita logra pasar desapercibida, inclusive para los estudiosos modernos. El Rey Suryavarman II, constructor de Angkor Wat, fue el primero de los Reyes Khmer en creer —o saber— que el tiempo podía ser recorrido arbitrariamente, inclusive en

la dirección del pasado. No hay mención alguna, en cambio, sobre las penalidades que desataría la osadía de emprender ese viaje.

Con un poco más de estudio puede saberse, además, que Dagan Zhou fue portador de otros nombres, tales como Zhou Jianguan, Zhou Dake o Cao Ting Yimin (esto es, El Recluso del Patio de Techo de Paja). Sin embargo, no es sabido que cada nombre se correspondía con un tiempo, un lugar y un grupo de personas diferentes e independientes entre sí (si algo como eso es realmente posible). Y que existieron, al menos, tantas otras identidades como lo permite la duración del apogeo de la antigua China: Mei Ling Zhou, Zhou Akame, Zhou Lin, etc.

Podría continuar hablando sobre Dagan Zhou como mero recurso de entretenimiento, si no fuera porque tengo en mis manos otro documento, desconocido por las mayorías, titulado *Un registro de Mutul, la tierra y su gente*. En él, se describen las costumbres diarias de los habitantes del Reino de Mutul, uno de los más poderosos reinos del mundo maya. En particular, de la ciudad de Yax Mutul (la gran capital, hoy conocida como Tikal) y de sus majestuosos templos piramidales. Las crónicas constan de unas cien páginas. La escritura es maya, pero de una variante temprana de la costa del Pacífico (es decir, diferente de la ístmica que predominaba en el Reino) y su autor es Zazil Ha (esto es, Princesa de Agua). No hay mayor información sobre el autor, sobre la motivación de la obra o sobre textos relacionados, ya que estas crónicas constituyen uno de los escasos documentos mayas que sobrevivieron a la destrucción general perpetrada por los españoles, junto al Códice de Madrid, el Códice Dresde, el Códice de París y las páginas aisladas del Códice Grolier, cuya autenticidad es injustamente discutida.

Así como Dagan Zhou describe los templos de Angkor, Zazil Ha hace un pormenorizado recuento de los templos piramidales de Tikal. En especial, cautivan su atención los «complejos piramidales gemelos», pirámides construidas de a pares, enfrentadas, de las cuales existen nueve. Y dentro de ese grupo, se detiene específicamente en el Complejo de Yaxhá, más pequeño y construido fuera de la ciudad (a unos 30 km), que —según sus propias palabras— «es el único de los nueve que se orienta de espaldas al mañana».

La mera coincidencia de metáforas sobre un tema tan específico no solo es improbable. La estructura de las crónicas, el estilo narrativo y los aspectos que llaman la atención de Zazil Ha son de una condenatoria

similitud a los de Dagan Zhou. La diferencia más notable puede encontrarse en las fechas. Las crónicas de Mutul del primero datan del año 546, mientras que las del Imperio Khmer del segundo lo hacen del año 1297.

Con mucha menos consistencia, otros personajes pueden añadirse a la cadena humana que tiene en Dagan Zhou y Zazil Ha sus más sólidos eslabones. Esos personajes (si es que el plural resulta aplicable), por ahora secundarios, son ulteriores en el tiempo y pueden ser rastreados en Roma, Londres y, más recientemente, en Nueva York.

Si algo nos enseña la Historia es que los mismos caminos conducen sin remedio a los mismos destinos. Poco parece haber aprendido Dagan Zhou de los trágicos, ineludibles y definitivos finales de sus predecesores. No ha querido comprender, acaso, que sus viajes resultan contrarios a La Ley.

Las grandes travesías no se acometen con la ayuda del Tiempo, sino a pesar de él. Como lo han hecho (su contemporáneo) Marco Polo, Cristóbal Colón o el gran viajero chino Xu Xiake. Muy diferente al de ellos, y mucho más triste, será el final de Dagan Zhou (y el de este relato).

Recorrer el tiempo de manera arbitraria no significa gobernarlo. Dagan Zhou puede tener mil nombres y vivir en mil lugares durante mil tiempos, pero es inevitable que el brazo eterno (en el sentido más literal de la palabra) de La Ley, mi ley, termine por alcanzarlo.

# Treinta, treinta, treinta

*Para los bomberos voluntarios.*

*«Hemos ganado.»*

*Filípides, justo antes de caer muerto.*

Sábado, tres de la mañana. Díaz duerme sin profundidad junto a su esposa. Hace años que ha perdido la capacidad de entregarse al sueño por completo. Más precisamente, desde que es bombero voluntario.

Suena el handy: «estamos en emergencia». El sueño superficial le permite a Díaz levantarse muy rápido, aunque no se despierte del todo. Cuando se levanta, pisa la pata de uno de sus perros. El perro grita. Díaz trastabilla y cae hacia atrás. Se golpea fuerte la cabeza con la mesa de luz y queda tendido en el suelo. Pasa un segundo. Díaz vuelve en sí y se levanta apurado. Hierve de ira pasajera e infundada contra su amado perro. Durante otro segundo, lo agarra del cuello con firmeza pero sin apretar, le acerca la cara todo lo que puede y le aspira un sonido sin vocales que significa «¡Te voy a reventar a vos!». En la oscuridad de la noche, ve los ojos perrunos que lo miran con incomprensible culpa. Al final, sin dejar de apretar los dientes, le da un beso en la frente. Luego, con un paso largo, le pasa por encima. En su camino hacia la puerta de la habitación, se golpea la tibia con la punta de la cama. Quiere llorar de dolor, pero no tiene tiempo. A pesar de todo, no ha dicho ni una palabra. Por eso se puede interpretar que su esposa está medio dormida cuando le dice:

— Díaz, habla más bajo.

El bombero ni la escucha. Sale de la casa como está vestido, con un pantalón corto y una camiseta blanca. Corre como puede, porque el dolor en la tibia todavía es inmenso. Aún no se ha dado cuenta de que un grueso hilo de sangre le baja por la cara desde la cabeza. Se sube al auto viejo y arranca. Conduce de memoria. Durante el trayecto, no piensa en casi nada. O mejor dicho, piensa en una sola cosa: «¿Para qué me metí en esto?». Es lo mismo que piensa cada vez que tiene que levantarse en medio de la

noche, en medio de una comida, en medio de un día de descanso junto a su familia. A veces, inclusive, en medio de Navidad o Año Nuevo. En menos de tres minutos, Díaz llega al Cuartel de Bomberos Voluntarios de la Ciudad de Los Pinos.

Los Pinos es una pequeña ciudad del interior árido de la Argentina. Tiene la particularidad de levantarse en el medio de un bosque creado por la laboriosa mano del hombre. Es una especie de oasis en medio del desierto. Esa curiosidad, sumada a la belleza del bosque, ha hecho de Los Pinos una ciudad turística de cierto renombre. Cada temporada, miles de turistas llegan a sus cabañas de madera, desde donde no solo disfrutan del bosque, sino también del río y los pequeños lagos cercanos. La contracara de tantas posibilidades es el constante riesgo de incendios. La naturaleza no ha previsto que ese rincón de la tierra tenga un bosque. Ni ha previsto que semejante peligro se localice en la República Argentina.

Díaz se estaciona frente al edificio del cuartel y se baja del auto. Su estado es lamentable. Todavía no se ha despertado del todo. Está muy despeinado. Su cara y su camiseta están ensangrentadas. Suda debido a la adrenalina, a los golpes, a la corrida, pero sobre todo al calor.

Es verano y la temperatura ha permanecido cerca de los cuarenta grados los últimos días. De madrugada suele refrescar en Los Pinos, pero las últimas dos noches la temperatura no ha bajado de los treinta grados. Es por eso que el fuego del viernes por la tarde, que parecía bajo control, se ha reactivado. Para ser más precisos, está fuera de control. Las condiciones climáticas adversas son de manual: treinta grados de temperatura, treinta por ciento de humedad y un viento de treinta kilómetros por hora.

El camión de los bomberos está listo para salir. La sirena está sonando. Díaz hace señas para que lo esperen.

— Dale Díaz, mové el *bumbum*, que si no vas a tener que volver con la *jabru* — le grita Risitas, el conductor del camión y el bromista del grupo.

Díaz está demasiado concentrado como para registrar el comentario. Corre hacia el interior del cuartel. Busca su casillero, donde debería estar esperándolo su uniforme de bombero. Cuando llega, no hay nada. Alguien ha tomado su ropa y su casco.

— La puta madre.

Díaz no se debate demasiado. Agarra la primera ropa que ve disponible, sin saber a quién pertenece, y se la pone a gran velocidad. Le queda un poco chica, pero eso no lo detiene. Vuelve para treparse al camión. Cuando salta, siente cómo el pantalón se raja en la zona de la entrepierna. Se da cuenta, pero no hace ni un gesto. Tal vez ya había asumido que eso pasaría. Aunque está prohibido por las normas de seguridad, Díaz va parado, colgado del camión, como en los viejos tiempos.

— No me rompan las pelotas — contesta cada vez que se lo señalan.

Risitas conduce el camión a gran velocidad. Cuando no es bombero, se dedica a pintar casas. A su derecha en el camión, y bajo su mando, se ubica Rico. Rico no es un apellido, sino un apodo. Se trata de uno de los habitantes más acaudalados de Los Pinos. Empujado por el sentido de la responsabilidad que da el privilegio o por la simple necesidad de emociones, Rico es desde hace años un miembro firme del cuerpo. En el camión, además de asistir a Risitas, es el encargado de tocar el botón de la sirena. Aunque parezca difícil de creer, la sirena todavía se acciona con un botón manual.

Apenas el camión alcanza un claro en el bosque, Díaz puede ver la columna de humo. Al fuego no lo ve sino a través del resplandor sobre ese mismo humo que asciende hacia el cielo estrellado. Díaz se detiene en las estrellas: tan hermoso es el fuego cuando está lejos. Pero más se detiene en el cielo abierto, en la falta de nubes, en las nulas perspectivas de lluvia. Y detrás de ello ve todavía más: la promesa de una extenuante lucha contra el fuego.

Mientras Díaz se adelanta de manera innecesaria al futuro, el camión se aproxima muy lentamente al punto de encuentro con los demás bomberos. La lentitud no obedece a la peligrosidad del fuego que avanza, si no a que Risitas está perdido. El camión da vueltas sobre el intrincado trazado de calles de Los Pinos como quien busca la salida de un laberinto. Risitas ya no se ríe, ni recurre al «código Q» para pedir precisiones por el handy:

— La puta que lo parió, Gordo, decime bien dónde carajo están porque si no, cuando llegue, les paso el camión por encima.

El Gordo ya está en el punto de encuentro. No es difícil adivinar que el Gordo es gordo. Más difícil es saber por qué es el único bombero con ese apodo, ya que muchos de los bomberos de Los Pinos — la mayoría — están



excedidos de peso. Seamos justos: no más que la población argentina promedio, a la que representan. Más de una vez se han propuesto el entrenamiento colectivo, el asesoramiento general de un nutricionista amigo, pero todo ha terminado en ravioles, asado y vino.

Tampoco es difícil advertir que entre los bomberos de Los Pinos no existen los nombres. Tan solo los apellidos o los apodos. Inclusive para el poco original caso del Jefe.

Nadie recuerda bien cómo se llama el Jefe. Es el Jefe y punto. Un pequeño grupo de bomberos lo rodea en el punto de encuentro. A lo lejos todavía, Díaz solo puede identificar al Jefe, al Gordo y, por supuesto, a Ortiboza.

Ortiboza es el apodo de Ortigoza. Y el «por supuesto» se debe a que Ortiboza siempre llega primero. Lo hace con su propio vehículo, a pesar de que eso no está permitido. Necesita — literalmente — llegar primero al lugar, tener la primicia, estar en control de la situación. No solo informa de inmediato a sus superiores, sino también a los medios, con quienes mantiene una línea directa. Ama dar notas a diarios, radios y canales de televisión, sobre todo si se trata de medios nacionales. Durante el día, cuando se supone que es un mero ciudadano más, viste siempre la ropa de los bomberos. Adora recibir reconocimiento público. Acepta con falsa humildad los privilegios que le otorgan los comerciantes de la zona. Muchos comercios e instituciones (como los clubes deportivos) ofrecen descuentos y beneficios para los bomberos. Durante los últimos años estos han sido recortados, o suspendidos, debido a los abusos de Ortiboza.

Ortiboza suele indignarse cuando alguien lo contradice en la vía pública. Acude siempre a su condición de bombero para victimizarse, más allá de que el eventual conflicto tenga que ver, o no, con la institución.

— Esto es una vergüenza. Al final, uno como bombero arriesga su vida por los demás y así es como le pagan — dice esencialmente cada vez que tiene una discusión en la calle. Por lo general, luego de decir estas palabras da por terminada la discusión y se marcha, sobre todo cuando no hay perspectivas de que su contendiente acceda a modificar su postura.

Es evidente que Ortiboza no es muy querido entre sus compañeros. Sin embargo, su monumental egocentrismo (es decir, su completa indiferencia ante la opinión ajena), su eficaz accionar como bombero y la limitada cantidad de bomberos voluntarios lo sostienen en su puesto.

Los bomberos que acaban de llegar bajan del camión y se acercan al grupo que se orienta hacia el Jefe. Ortiboza les da la bienvenida:

— Cómo tardaron muchachos, ¿qué pasó? — les dice, sin esperar respuesta, antes de proceder a resumir el estado crítico de la situación.

— Pasó que no encontraba mis ganas de cagarte a trompadas, Ortiboza; pero al final pude encontrarlas y las traje todas — sale al cruce Díaz.

— A ver si se dejan de joder, que estamos hasta las pelotas — arbitra el Jefe para clausurar el entredicho.

El Jefe está en el centro. Suda. Como en el caso de Díaz, transpira debido a la adrenalina y a la clásica corrida inicial, pero además por la responsabilidad a la que se enfrenta: el incendio es muy grande y amenaza, como mínimo, el norte poblado de la ciudad. Por si esto fuera poco, el Jefe está golpeado por el alcohol. Así es: el Jefe lleva puestas, por lo menos, dos botellas de vino tinto.

La figura del Jefe, como la de tantos otros héroes declinantes, contrapesa un pasado de gloria con un presente bastante bochornoso. Su decadencia actual no alcanza todavía a borrar los logros del pasado, cuando todavía luchaba por ciertos ideales. Por supuesto, es fácil tener ideales cuando uno es joven, fuerte y libre, cuando uno tiene energía y tiempo para derrochar sin consecuencias; en resumen, cuando uno todavía cree que sus esfuerzos tienen algún tipo de sentido.

En ese pasado dorado de su vida, el Jefe había sido un luchador incansable. Desde su posición de suboficial experimentado, se había enfrentado a su propio jefe, al Consejo y a las autoridades municipales por cuestiones vinculadas a la corrupción, cuando en ese Triángulo de las Bermudas desaparecían muchos de los fondos pertenecientes a los bomberos. El Jefe había iniciado una demanda judicial que empujó con persistencia oriental durante años. Y ganó. Luego de ser celebrado, se convirtió en el nuevo jefe de los bomberos. Volvió por la puerta grande y fue nombrado Jefe de Bomberos por las nuevas autoridades del Consejo. Los primeros tiempos al mando extendieron la estela dorada de aquel período de brillo. El Jefe impulsó reformas importantes e inició una nueva era en la breve historia de los Bomberos Voluntarios de la Ciudad de Los Pinos. Sin embargo, ese impulso inicial fue perdiendo fuerza. El Jefe cayó en las redes del alcohol y las ambiciones reformistas quedaron en el olvido.

En ese punto de caída personal y profesional se encuentra El Jefe el día de hoy, cuando tiene la responsabilidad de comandar el operativo para frenar, tal vez, la mayor amenaza en la historia de Los Pinos. El Jefe sabe que con el pasar de las horas el escenario se volverá más complejo. El fuego habrá crecido y, quizás, tocado el pueblo. Habrán llegado bomberos de todos los colores, policías, políticos, medios y turistas. La comunicación será difícil y caótica. Por eso, aprovecha este inusual momento de reunión para compartir el diagnóstico, repasar los lineamientos generales de acción y arengar a su tropa.

— Muchachos, estamos muy complicados. Hace mucho calor, la humedad es baja y el viento desde el norte no afloja. Todavía tenemos el fuego a un kilómetro de las primeras construcciones. El pronóstico es malo: no habrá lluvias, ni cambio de viento, ni milagros. Todo depende de nosotros. A medio kilómetro tenemos un pequeño campo abierto. Ahí nos vamos a parar para recibir la cabeza del incendio. Esa será la madre de todas las batallas. Si el fuego llega a pasarnos, estaremos jodidos. Bien jodidos. Ya repartí las primeras dotaciones a los flancos del incendio, convoqué a los bomberos de los pueblos cercanos y pedí a la Provincia todo el apoyo posible, comenzando por los aviones hidrantes. Me dijeron que hay dos fuera de servicio, pero el tercero estará llegando en las próximas horas.

El Jefe habla lento y pausado, sobre todo por el efecto del alcohol. Hace un gran esfuerzo por decir las palabras correctas y modularlas con claridad. Luego de una breve pausa, continúa:

— Risitas y Rico, lleven sus hombres, los dos autobombas y el cisterna al campo abierto. Preparen el operativo para cuando el fuego llegue. Vamos a mandar los *unimog* a atacar los flancos desde el Este — dice el Jefe y de inmediato los bomberos corren hacia los camiones.

— Gordo, usted comience con las tareas de evacuación en el norte del pueblo. A Honegger y Gigio no les avise si no quiere. En cuanto aparezca un policía, le delega esa responsabilidad, lo informa a todo el mundo y regresa al campo abierto.

— Ortiboza, usted que es tan alcahuete será quien hable con los medios y además quiero que reclute de inmediato a todos nuestros bomberos. No me importa si tiene que voltearles la puerta de la casa y

traerlos a patadas en el culo. ¿Dónde carajo está el resto de nuestros bomberos, Ortiboza?!

— Estuve repasando la lista y tratando de comunicarme con cada uno de ellos. La mayoría no responde. Parece que la fauna duerme o está de joda. Pero déjemelo a mí, los iré a buscar personalmente si es necesario.

— La puta que los parió — aprueba El Jefe.

El Jefe busca concentrarse. Por un momento, parece perderse en su propio interior. Tiene una extraña intuición, una incómoda corazonada. Por fin, indica:

— Díaz, llame a Blanco para que venga de inmediato.

— Pero Jefe, Blanco me va a mandar a la mierda. Nos va a mandar a la mierda. Lo va a mandar a la mierda. Ella ni siquiera es bombera. La echamos. La echó.

— ¡Dije que llame a Blanco, carajo! — insiste el Jefe, para que no queden dudas.

Díaz ni siquiera contesta. Toma el teléfono de su bolsillo con infinita resignación para demostrar que ha entendido la orden.

Blanco es una de las pocas bomberas en la historia del Cuartel. Antes de ser bombera, era corredora olímpica. Su capacidad física, su disciplina y su profesionalismo son un recurso que cualquier cuartel debería cuidar como oro, no solo por sus aportes inmediatos, sino porque una figura como la suya jerarquiza a la institución y atrae a nuevos aspirantes. A pesar de eso, Blanco ha sido desafectada de sus funciones hace menos de un año. Según El Jefe, debido a su «recurrente desobediencia y resistencia a la autoridad». Según Blanco, en cambio, porque «los bomberos de Los Pinos son unos mediocres, unos machistas, unos autoritarios de mierda».

Las razones que acercaron a Blanco al Cuartel son varias. Tras su retiro de las pistas, deseaba contribuir de un modo concreto y positivo con su nuevo pueblo. Sentía la necesidad personal de ocupar el tiempo con una actividad socialmente valiosa. De ningún modo esperaba quedar sometida a las arbitrariedades de un jefe alcohólico, a la obligación de realizar tareas administrativas o al deber de asistir a eventos protocolares.

Fue uno de estos eventos protocolares el que detonó la partida de Blanco. El Jefe convocó a Blanco con especial dedicación, quizás porque sabía que no iría. Blanco se negó de manera previsible.

— Entonces no pases más por el cuartel — le informó el Jefe.

— Por mí, váyanse todos a la mierda.

Esa es la bombera expulsada a quien Díaz tiene que llamar ahora, en plena madrugada. Se aleja del grupo de bomberos y marca su número. El teléfono suena y suena. La voz dormida de Blanco por fin atiende:

— Hola, sí, quién es.

— Soy Díaz, Blanco, el bombero — se anuncia. Luego, con firmeza sobreactuada, le explica que la situación es crítica y que la necesitan. El Jefe se lo ha pedido.

— Escuchame, Díaz, ¿ustedes son pelotudos? ¿me estás jodiendo? Me tratan como el orto, me echan, se olvidan de mí y ahora, que están hasta las bolas y me necesitan, me llaman. ¡Se joden, Díaz, se joden! ¡Decile al Jefe que se vaya a cagar! — le responde. La voz ya parece bastante despierta.

Díaz intenta atajar la batería de previsibles insultos, pero Blanco ha cortado. Díaz baja la cabeza y se refriega los ojos. Mirá hacia donde está el Jefe: lo está mirando con ojos penetrantes. Se debate por un momento si prefiere recibir la aspereza del Jefe o la de Blanco. Se decide por Blanco y la llama de vuelta. Esta vez, ella responde rápido:

— ¡Mirá, Díaz, la próxima vez que me llamen los denuncio a la policía! — le dice furiosa antes de colgar el teléfono con un golpe muy violento. Díaz se pregunta si ese teléfono volverá a funcionar.

Díaz vuelve hasta donde está el Jefe y le repite las palabras de Blanco. El Jefe insulta, pero no a Díaz, sino a Blanco y entre dientes, como si se insultara a sí mismo. Por fin, resuelve:

— Díaz, vamos al campo abierto a juntarnos con los demás.

Ambos van en busca de Ortiboza y, en su auto, parten hacia allí, donde la madre de las batallas se está gestando. Durante el camino, el Jefe no para de impartir instrucciones a través del *handy*.

Llegan. El amanecer se insinúa. El calor agobiante, también. Risitas y Rico tienen listas tres dotaciones; el próximo paso consiste en sumar cuatro autobombas y por lo menos dos cisternas. De a poco, a medida que la madrugada se desintegra, van llegando los demás bomberos. Detrás de ellos, hacia el Sur, está el bosque y el pueblo. Adelante, hacia el Norte, más bosque y el fuego. La gran cortina de humo que consume el horizonte avanza voraz. Hacia el Oeste, el fuego está contenido por el río.

Como ante cada situación de incendio, Díaz le propone al Jefe instalar un comando de campaña atrás, en el límite del campo abierto con el bosque, hacia el Este, donde está el acceso desde la ruta. Un gazebo que sirva como punto de referencia, descanso y tienda de operaciones. El Jefe lo ignora. El concepto de comando de campaña le resulta ajeno. Lo que más le molesta a Díaz no es ese desaire, sino que pronto llegarán los bomberos de la Capital y esa será su primera medida, asumiendo con ese mínimo gesto de profesionalismo todo el protagonismo. Una vez más, ellos quedarán como los pueblerinos de la película.

Mientras tanto, en el norte de Los Pinos, el Gordo avanza con las tareas de evacuación. De las construcciones que peligran, se destaca la enorme tienda de Chocolates Gigio. Entre los turistas, la tienda es reconocida por sus deliciosos productos artesanales. Entre los bomberos, en cambio, es conocida porque Daniel Gigioletti, el dueño, nunca les compra una rifa. Pero ese no es el problema. Muchos otros tampoco compran la rifa, porque no pueden o por lo que sea, pero reciben y tratan con respeto a los bomberos voluntarios. El verdadero problema con Gigioletti es cómo «nos boludea», según las sintéticas palabras de Díaz.

— Sí, claro, pasate mañana, *mostro*, que ahora me agarraste sin cambio — dice Gigioletti de una manera u otra cada vez que los bomberos pasan por la tienda.

— ¡Qué pena, *cra*, te hice venir de nuevo *al pepe*! ¡Todo por cien pesos de mierda! ¡Venite mañana que sin falta te los guardo!

El año pasado, por ejemplo, Díaz pasó cinco veces a retirar el dinero que Gigioletti le prometía tener al día siguiente. El bombero se había propuesto quebrar esas estratagemas retóricas. Sin embargo, la última vez que pasó por la tienda, lo único que casi quiebra es la nariz de Gigioletti. A Díaz le parecía demasiada impunidad. Gigioletti, por supuesto, aprovechó el altercado para no comprar ninguna rifa.

Además de escapar con promesas de baja calidad, Gigioletti argumentaba que ya pagaba demasiados impuestos, incluyendo la tasa de los bomberos. No entendía, acaso, que la rifa de los bomberos era el servicio más barato y más palpable — tal vez el único — por el cual recibiría algo a cambio de sus contribuciones. Sus impuestos, en cambio, se desangrarían una y otra vez en las permeables manos de la corporación política local.

El complejo hotelero Honegger también está en peligro. Eva Honegger gestiona el lugar y es alemana. Es la dueña, todos lo saben, pero nunca lo admite, quizás para evadir las responsabilidades públicas. Es rubia, alta e intolerante. Asegura ser descendiente directa de Arthur Honegger, el renombrado compositor suizo. Eva Honegger también declina la compra de la rifa que organiza el Cuartel, pero lo hace sin dar vueltas y con malos modos:

— No, no, no, no quiero nada. ¡Fuera de mi complejo! — grita Honegger y señala la puerta con la punta de su dedo germánico.

En casos como este, Díaz se ve impedido de quebrar narices. El caso queda impune. Entonces no tiene más remedio que lidiar con la angustia que lo invade. Más de una vez, se ha ido del complejo de Honegger con un nudo en la garganta y los ojos húmedos. Digámoslo sin eufemismos: llorando. No por el rechazo, sino por la injusticia. No por él, sino por el resto de sus compañeros, hombres y mujeres que ponen su tiempo, su energía, su dinero y hasta su vida en juego para prevenir tragedias.

El Gordo conoce estas historias al detalle. Llega a Chocolates Gigio con su misión de evacuación. La tienda está técnicamente cerrada — es la mañana temprana — , pero la puerta está abierta y Gigioletti trabaja en la presentación del local. El Gordo lamenta que la puerta esté abierta. Entra y sin preámbulos le habla a Gigioletti:

— Buen día, rata inmundada. Estamos en emergencia. Tenés tres minutos para evacuarte a vos y a tu miseria de este antro.

— Disculpe, señor bombero gordo — ironiza Gigioletti — pero yo no lo conozco y no voy a ir a ningún lado.

Gigioletti ha pisado el palito que nunca debió pisar.

El Gordo siente una erupción de ira subirle como placentera lava desde el estómago. Con la cara transfigurada, camina hacia Gigioletti y lo agarra por las solapas. Primero lo pone contra una pared cualquiera y, como un toro, le apoya la cara encima. Gigioletti descubre cómo suena el odio cuando se vuelve respiración. Incapaz de aplacarse, el Gordo zamarrea a Gigioletti por todo el local. Sin soltarlo de las solapas, lo golpea contra todo lo que le parece frágil. Haciendo uso del cuerpo de trapo de Gigioletti, tira todos los mostradores, todas las vidrieras, todas las estanterías. El piso es un mar de vidrios y chocolate. Cuando El Gordo ya está demasiado agitado, vuelve a levantarlo y lo pone contra una pared:

— Mirá, pelotudo, si acá hay alguien que no quiere que te salves del puto incendio, soy yo. Pero vine igual, así que ahora te vas a ir de acá o te voy a sacar a trompadas en una ambulancia. Y creeme que no me va a costar. ¿Me entendés o no me entendés?

Gigioletti tiembla de pavor. Dice que sí a todo y, como puede, junta algunas pertenencias propias y sale del lugar. El Gordo va detrás, pero se detiene un momento: un alfajor muy alto ha quedado huérfano en el piso. Lo levanta. Lo mira bien, lo olfatea y lo sopla. Se lo come de un bocado. Luego, sí, sale de la tienda.

Ya resuelto el caso Gigio, el Gordo aprovecha la adrenalina bien alta y se dirige directamente al Complejo Honegger. El gran ventanal de entrada es precioso: un delicado vitral traído especialmente desde Baviera, encargado al legendario Taller Mayer. Tiene un pequeño cartel de madera tallada que dice «abierto, bienvenidos» (y debajo «offen, willkommen»). El Gordo se complace al verlo cerrado. Encara con gran decisión hacia el ventanal y, de una tremenda patada con la planta del pie, tira abajo el ventanal completo. El gran vidrio multicolor cae al piso, literalmente estalla y mil pedazos vuelan hacia toda la recepción.

Eva Honegger se asoma a la sala de entrada, espantada, con la boca abierta y las manos en el pecho.

— Buen día, vieja de mierda — el Gordo modula claramente con la boca, pero no habla. Su cara es la de una bestia infernal. — Estamos en emergencia, tienen tres minutos para evacuar el complejo y dirigirse hacia el Sur, donde las autoridades policiales les brindarán apoyo — dice el Gordo, ahora sí, con voz firme, fuerte y profesional. Dicho eso, da media vuelta y se va.

El Gordo hace un par de evacuaciones más, ya normales y gentiles. Al salir de una de ellas, encuentra a un patrullero policial que acaba de llegar. Les informa a los oficiales el estado de situación y parte hacia el campo abierto.

Allí, la mañana se ha desplegado. El caos también. A los bomberos de Los Pinos que fueron llegando desde la madrugada, se suman ahora los bomberos de la Capital y otras localidades vecinas. Ante la mirada autodesaprobatoria de Díaz, los bomberos de la Capital montan la famosa carpa del centro de comandos. Lo hacen sobre la parte posterior del campo



abierto, no lejos de la ruta, donde había sugerido Díaz. Además, comienzan a llegar agentes de otras fuerzas. Y también los medios.

Ortiboza está exultante. Ha montado (en su cabeza) un centro de prensa, justo al lado de la carpa central. Allí se presenta ante los medios como «el vocero oficial». Habla con grandilocuencia. Les informa sobre el «protocolo de comunicación», por medio del cual brindará «periódicas conferencias de prensa» cada dos horas, a menos que «la tragedia requiera de sus capacidades en el campo». «Y, por supuesto, siempre que Dios lo permita». Díaz lo mira proceder y quiere destriparlo ahí mismo con sus propias manos; no, en verdad no quiere destriparlo, sino generarle un dolor interminable. Admite, eso sí, el alivio de que sea Ortiboza quien se ocupe de los medios.

La información llega deformada a la población, producto de una cadena de tergiversaciones corta pero efectiva. En primer lugar, Ortiboza exagera la ya grave situación para darse importancia. Habla de «el fuego más hambriento del que se tenga memoria» y dice «mis hombres» para referirse a sus compañeros. Los medios, a su vez, vuelven a amplificar la desinformación para ganar audiencia. La televisión no duda en titular «el incendio más grande de la historia», para que la poesía de Ortiboza no dé lugar a ambigüedades atenuantes. Por último, las personas comunes y corrientes, en las mesas familiares, crean información que luego se transmite como el fuego del incendio a través de las redes. La creación no se reduce a lo que está ocurriendo en el bosque norte de Los Pinos, sino también a cómo se origina un incendio, cómo se lo combate y todo tipo de especulaciones accesorias que no tienen otra finalidad que la de impresionar interlocutores. «Los bomberos necesitan leche» es una de las recomendaciones sin sustento más populares.

La desinformación tiene muchas consecuencias, por lo general indeseables. Eso no evita que a veces, además, sean generosas. Por ejemplo, la voluntad de ayudar. Los bomberos ya saben que a medida que pasen las horas, la población llegará al lugar con espíritu de ayuda. Y eso será, lamentablemente, un problema más con el cual lidiar.

De hecho, con el sol ya pegando fuerte sobre el campo abierto, se visualiza en la ruta la llegada de un viejo camión repleto de personas cantando y saltando. No se llega a escuchar lo que dicen. Son casi todos hombres, en cuero y con anteojos negros. La mayoría, descalzos. Están muy

bronceados y hay varios pelilargos. Son los guardavidas de Los Pinos, centinelas del río y los lagos de la zona. Deben ser como treinta. Vienen decididos a ayudar.

Díaz los ve llegar desde lejos. Niega con la cabeza, frunce el ceño y se lo agarra. Amplía el campo de visión y advierte que Ortiboza se propone atajarlos.

Ortiboza los aborda con enorme profesionalismo. Pide hablar con el representante de los guardavidas. Un gigante, de cara enrojecida y pelado, se abre paso entre los buenos salvajes. Es Schwarz, también conocido como La Mole.

— Buen día, señor Mole — estira el brazo Ortiboza.

— Hola Ortiboza, qué hacé. Venimo' a dá una mano — La Mole le toma la mano y, atrayéndolo, lo abraza de una.

— Mire, señor Mole, todos mis hombres y yo, en nombre del pueblo de Los Pinos, les agradecemos infinitamente este gesto de solidaridad y bravura, pero creemos que lo mejor es que se concentren en sus puestos de trabajo, ya que de otro modo quedarán desguarnecidos. De esa manera, no solo cuidarán a los ciudadanos que toman un baño en nuestros hermosos espejos de agua, sino que los ayudarán a aliviar un rato este calor insoportable. Y también, desde un punto de vista más amplio, a distraerse de esta tragedia. Imagínese, señor Mole, si esas personas no van al río, o a los lagos, terminarán en sus casas, acrecentando su ansiedad por el fuego, alimentada por si fuera poco por la exageración de los medios. Y luego de un rato las personas dirán «no puedo estar sin hacer nada» y las tendremos aquí, agregando más confusión a la escena.

Cuando Ortiboza termina su alocución, La Mole suelta una ruidosa carcajada. Los guardavidas que lo secundan, también. La risotada se extiende en el tiempo. Ortiboza no sabe qué hacer. Cuando los buenos salvajes terminan de reírse, La Mole responde:

— Mirá Ortiboza, nosotros' vinimo' a ayudá y eso é lo que vamo' a hacé. Así que decino' cómo ayudamo' y li'to. ¿Tá?

Ortiboza se refriega la cara. Luego de un momento de reflexión, les pide un minuto y se acerca hasta el Jefe. El Jefe los mira desde lejos. Es claro que insulta. Visiblemente contrariado, ofrece unas instrucciones. Ortiboza regresa hasta donde están los guardavidas:

— Dice el Jefe que pueden comenzar a remover el terreno del campo abierto. Van a necesitar palas. Así que vayan a buscar y arrancan por allá adelante, bien al norte, contra el bosque. Hacen toda la primera fila y luego comienzan a barrer el terreno hacia atrás. Una cosa más: en un par de horas van a empezar a llegar civiles, tanto locales como turistas. Usted, señor Mole, encárguese de ellos. Si puede enviarlos de regreso a casa, mejor. Si no, los suma a su tarea como mejor le parezca. Mantenga a su gente hidratada y con buen calzado.

Los guardavidas aúllan de excitación. Levantan los brazos y gritan. Luego comienzan a saltar y a cantar, otra vez. La Mole le indica al Muelas que junte a sus «amigote'» y vayan con el camión en busca de palas. Al resto de la manada le indica que camine hacia el norte del campo abierto para reconocer el terreno. Él se queda donde está, junto a la ruta, para gestionar la inminente llegada de los civiles. El Jefe mira todos estos movimientos y piensa «por lo menos no me van a romper las pelotas por un buen rato». Y también «de paso nos sacamos de encima a los civiles».

En efecto, con el correr de las horas comienzan a llegar los civiles, tanto locales como turistas. Traen palas, mangueras o baldes. También traen bidones de agua, hielo y sachets de leche. La Mole los recibe y mantiene con ellos diálogos como el siguiente:

— ¿Y el saché de leche pa' qué?

— Dicen en las redes que los bomberos necesitaban leche.

— No, pá, eso no é así. Dejalo ahí y escuchame — señala La Mole una pileta redonda junto a la carpa del comando central. Tiene agua y algo del infinito hielo que traen los civiles. Allí enfrían la bebida y los incontables sachets de leche que no van a consumir.

Según el aspecto del civil que llega al lugar, La Mole decide qué hacer. Si es hombre, está bien calzado y trae una pala, lo manda junto a los guardavidas a remover el terreno del campo abierto. Si es hombre, no tiene herramientas pero sí potencial, le indica que busque calzado y/o pala y vuelva. Para el resto de los casos, los manda de vuelta a casa. Más de una mujer, al ser rechazada, lo ha llamado «gordo machista». La Mole se ha reído.

Una de esas mujeres decididas llega en un pequeño auto. Se baja con determinación y camina hacia los bomberos desplegados en el campo. Pasa junto a La Mole y ni lo mira. La Mole la increpa, pero ante el nulo efecto de

sus palabras, la da por perdida. La mujer pasa junto al Jefe y le dedica una mirada fulminante. Por fin llega adonde está Díaz:

— ¡Blanco! — grita Díaz con sorpresa y la abraza.

— Vengo a ponerme bajo tu mando. En cuanto algún pelotudo, arrancando por el Jefe, me rompa las pelotas, me voy a la mierda — avisa sin lugar para la malinterpretación.

Díaz asiente. Está asombrado con la inesperada llegada de Blanco. El Gordo presencia la escena, pero no se atreve a decir ni una palabra.

— Ah, y feliz cumpleaños — agrega Blanco.

— Ah... gracias — responde Díaz y baja la mirada, un poco avergonzado, sin reconocer que lo había olvidado.

— ¡Te lo tenías callado, guachín! — ahora sí reacciona el Gordo, le da a Díaz un abrazo de oso y le rasca la cabeza.

Díaz agradece, pero trata de salir de esta situación que lo incomoda. Lo hace minimizando la fecha y destacando, en cambio, la gravedad del incendio. Le explica a Blanco el estado de situación.

Los bomberos ya son más de cien. Los guardavidas y los civiles, también. Y siguen llegando. Traen más bidones de agua, más hielo y más leche. A medida que se acerca el mediodía, traen también sándwiches de miga, facturas o milanesas. La comida sí es bienvenida. La Mole, a cargo de la Legión Amateur, ha concluido que ya hay demasiada gente en el campo abierto. Elige a los voluntarios más fatigados y los convence de regresar a casa. Antes de despedirlos, anota sus datos en un cuaderno para darles reconocimiento público cuando el incendio termine. Siempre y cuando, claro, esa letra atrofiada pueda llegar a entenderse.

El Jefe mira los movimientos de La Mole con cierta misericordia. Cree que todo ese esfuerzo es inútil. Cumple, eso sí, la función de preservar a los bomberos de la molestia de los civiles. Y de hacer feliz a esas decenas de desgraciados que también quieren hacer su aporte.

La Mole, de hecho, está desencadenado. No es difícil reconocer en su figura un líder de proporciones. En ningún momento deja de gritar, alentar y dar instrucciones. Él mismo acompaña a los recién llegados hasta el lugar donde deben operar y les muestra con sus propias manos cómo lo deben hacer. Los civiles han llegado hasta el campo abierto en busca de ser héroes y La Mole les hace sentir que lo serán. Solo deben dar todo. Ese es el momento y el lugar.

Los civiles siguen llegando. Los bidones de agua ya parecen miles, apilados junto a la carpa del comando central. El Jefe le indica a La Mole que genere una nueva división «con los menos favorecidos» para que lleven los bidones a la primera línea y los rocíen en la tierra removida «para humedecerla». No les dice, por supuesto, que es una medida absolutamente inservible. Cuando terminen, todos los civiles deben ser evacuados. Para ese entonces, el fuego estará demasiado cerca.

Ya impartido el entretenimiento, el Jefe mira hacia la ruta. El Intendente está bajando de un auto de alta gama, rodeado por un pequeño séquito. Se destaca un fotógrafo que no deja de hacer tomas en ningún momento. «La puta madre, lo que me faltaba», piensa el Jefe. De inmediato, finge una sonrisa y camina hacia el Intendente para darle la bienvenida. Le dedica unas palabras de agradecimiento por su presencia en el lugar. Lo conduce hacia el campo abierto y le explica el estado de situación. Acto seguido, se dirige hasta uno de los camiones cisterna y le presenta a los bomberos de su confianza. Luego de una charla superficial, el Intendente le hace una modesta seña al fotógrafo y encara hacia el camión. Con cierta dificultad, se sube por el costado y comienza a trepar. Los bomberos se miran atónitos. El Intendente continúa subiendo hasta alcanzar el techo. Allí se para y mira hacia donde está el fuego. El fotógrafo realiza frenéticas ráfagas de capturas. Terminadas las tomas, el Intendente se baja del camión, saluda y se retira por dónde vino, con el fotógrafo y el resto de los asistentes por detrás.

El Jefe respira aliviado, pero el descanso no dura, porque lo requieren desde la carpa del comando. Hay malas noticias. El fuego ha tomado la antena norte, que concentraba los repetidores para las comunicaciones de handy y celular. Además, la antena ha caído sobre la ruta, cortando las comunicaciones con las dotaciones que habían accedido al fuego a través de ella y bloqueando el acceso de los móviles. Para colmo, el terreno es demasiado irregular y pedregoso hacia el Este. No hay forma de tomar contacto con las dotaciones que están atacando el fuego desde esa zona. Por suerte, no están encerradas, ya que siempre pueden retirarse por la ruta hacia el Norte ante una complicación. Pero se trata de un golpe mortal para la efectividad del trabajo coordinado de los bomberos.

El Jefe convoca a sus hombres para compartir la mala nueva. Están Díaz, Blanco detrás de Díaz, el Gordo y Ortiboza. Luego de explicar la

situación con respecto a las comunicaciones, dice:

— El cuadro es de lo más serio. Tenemos que encontrar otra forma de establecer contacto con las dotaciones que combaten el fuego desde la ruta. Ya lo he pensado y no encuentro alternativas. Los cuatri, las motos y hasta las bicis no van a servirnos. No habrá más remedio que establecer un nexo de comunicación humano. Alguien que vaya y vuelva con la información por algún resquicio de bosque. Si tan solo tuviéramos alguien con esa capacidad...

— Qué hijo de puta, es un hijo de puta... — dice Blanco (la excorredora olímpica) para sí misma, pero claro que todos la escuchan y la miran. Mueve la cabeza, negando, y mira hacia el suelo. Luego comienza a caminar en dirección a su auto rojo, cada vez más rápido. Díaz va tras ella.

— ¿Y a esta qué le pasa? ¿Usted, Jefe, está proponiendo que el nexo sea ella?— pregunta el Gordo, que no entiende lo que está pasando.

— Pero claro, Gordo, mirá si va a estar proponiendo que seas vos — dice Ortiboza.

El Gordo se lanza sobre Ortiboza:

— ¡Te voy a matar, hijo de puta!

Vuelan un par de manos en ambos sentidos, pero el Jefe interviene a tiempo. A fuerza de insultos y gritos, los ubica.

Mientras tanto, Díaz vuelve con Blanco. Parece haberla convencido. Ortiboza todavía está ocupado en acomodarse el uniforme, pero no puede con su genio:

— Dale, Blanco, no te hagas la difícil. Es tu oportunidad de ser la heroína que siempre quisiste ser. Vas a ser la Filípides de esta historia.

La referencia de Ortiboza a Maratón no es comprendida por nadie, excepto por Blanco, que lo mira con una bronca inagotable. Los demás también lo torturarían ahí mismo, pero por decir cosas que nadie entiende.

El fuego dura dos días enteros, casi cincuenta horas, antes de ser extinguido. Durante todo ese tiempo, Blanco se convierte en el sistema nervioso de las dotaciones desplegadas en el terreno. A través de ella, circula toda la información entre los flancos aislados y el comando central. Una vez por hora, Blanco recorre ida y vuelta los dos kilómetros que los separan. Solo duerme unas pequeñas microsiestas, o come, entre corrida y corrida. Durante esos dos días, recorre casi doscientos kilómetros. Lleva y trae mensajes de lo más variados: «explotaron todos los vidrios del móvil

ocho», «Ibáñez se escapó de la clínica para venir al incendio», «dos civiles con los pies quemados; estaban en ojotas», «acaban de trasladar a Risitas al hospital, está fuera de peligro», etc.

Mientras Blanco va y viene, el Jefe transpira, pero ya no por el vino que tomó, sino por el que desea tomar. Además, por supuesto, por la tensión y el calor insoportable. Ráfagas de aire caliente llegan en oleadas desde el Norte. A pesar de la gravedad de la situación, el Jefe mantiene la calma y distribuye instrucciones con envidiable parsimonia. Sus subordinados confían en él. Sienten en la firmeza de su voz que el héroe del pasado está de regreso.

Uno de los más motivados es el Gordo. Pelea como un león contra el fuego, en la primera línea. Durante los dos días baja de peso lo que nunca, diez kilos, sobre todo por la deshidratación. De hecho, a la tarde del segundo día cae rendido y también se lo llevan al hospital.

A medida que sus compañeros de combate caen, La Mole se agranda. Tal vez de un modo inconsciente, busca ocupar sus lugares. El mensaje es para el fuego: acá estamos igual de fuertes. Luego de repartir instrucciones y gritos entre su tropa — las ciento ochenta personas menos preparadas — regresa periódicamente al comando central y se zambulle en el agua congelada de la pileta redonda. Cuando emerge, entre un mar de sachets de leche, emite un grito gutural y primitivo. Se golpea el pecho con las manos, sale de la pileta y vuelve con el cuerpo humeante al campo de batalla.

Los bomberos combaten el fuego principal desde el norte del campo abierto durante casi todo el segundo día. Hacia la noche, el esfuerzo enorme parece conducirlos a la victoria. El fuego parece incapaz de sortear la resistencia de las trescientas personas y el avión hidrante que, incansable, recoge agua del río y la libera sobre el corazón del bosque en llamas.

Cuando a medianoche el fin del incendio está descontado, Blanco cae exhausta. Es transportada en camilla hasta una ambulancia y la trasladan al hospital.

Unas horas después, el fuego ha sido derrotado. Bomberos, guardavidas y civiles festejan con algarabía. Se funden en abrazos eternos. La tensión ha sido demasiada. Muchos se descargan llorando. Los guardavidas son los más bulliciosos. Copan la pileta redonda. Saltan y cantan, mientras beben cerveza que no se sabe de dónde ha salido. En un momento, suben en andas a La Mole, pero no pueden sostenerlo y cae sobre

uno de los bordes de la pileta redonda, haciéndola volcar. Todo se desmadra, La Mole queda desparramado en el piso, pero nadie deja de reír.

Ortiboza rebalsa de orgullo ante los medios. Está a un paso de atribuirse todo el éxito. No lo dice, pero lo sugiere con una gran habilidad retórica. Repite «mis hombres», «verdaderos héroes» y el verbo «interpelar» muchas veces. Se emociona, o actúa que se emociona, ante las cámaras.

El Jefe, por primera vez en dos días, se permite una sonrisa. Organiza la *guardia de cenizas* con los bomberos más descansados y parte con sus hombres de confianza rumbo al hospital. Se informa sobre el estado de sus hombres. Todos están fuera de peligro. Se van a descansar a sus hogares y regresan al día siguiente.

La mañana es soleada. El hospital está nívoo y silencioso. Blanco ha dormido quince horas seguidas. Díaz está sentado a su lado. Detrás, de pie, están el Jefe y Ortiboza. A un costado, en otras camas, Risitas, Rico y el Gordo también duermen y se recuperan.

De pronto, la tensión: Blanco se mueve, está a punto de despertarse. Ortiboza cree comprender que está ante un momento crucial. Él es el instrumento fundamental de esa fracción de segundo: el elegido. Para que toda esta historia cobre un sentido trascendental debe actuar ya mismo. Con una autoridad descomunal, corre a Díaz de la cama y se sienta en su lugar. En ese instante, justo a tiempo, Blanco abre los ojos. Ortiboza la toma del brazo con fuerza, la mira a los ojos y le dice la frase histórica:

— Hemos ganado.



# La revolución ilimitada (Vida alternativa de Marx II)

*«Es perfectamente vano especular sobre si Marx se hubiera horrorizado al contemplar cómo, en nombre de la fidelidad a una ortodoxia marxista, millones de seres humanos eran arrojados a las tinieblas exteriores o enviados a la muerte. Tan inútil como pretender que el proyecto de Marx se une a una supuesta cadena causal con las realizaciones prácticas de los marxistas. El Estado soviético liquidó durante los años treinta a un buen número de sus fundadores: nada garantiza que, en nombre del marxismo, no hubiera liquidado también a Marx de haber tenido la posibilidad física de hacerlo.»*  
*Werner Blumenberg, historiador, escritor y político alemán.*

Karl Heinrich Marx nace el 5 de Mayo de 1876 en la ciudad alemana de Tréveris.

Es educado en su hogar hasta cumplir la edad de doce años. En 1888, se convierte en estudiante secundario del Instituto de Tréveris. Poco tiempo después, el colegio es intervenido por la policía debido al exceso de literatura liberal y muchos de los docentes son reemplazados. Marx no tiene forma de saber que, medio siglo más tarde y en nombre de sus ideas, muchos de sus seguidores producirán la misma escena miles de veces.

Cinco años más tarde, ingresa en la Universidad de Bonn. Si bien desea estudiar filosofía y literatura, termina inclinándose por el derecho, en buena medida por las presiones de su padre, quien desea para su hijo una profesión con buenas perspectivas laborales. Tan solo un año después, debido a sus malas calificaciones, su padre lo obliga a continuar sus estudios en la Universidad de Berlín, una institución académica mucho más seria y formal. Allí, sus estudios de derecho continúan declinando, al igual que su interés y confianza en la literatura que produce. En cambio, crecen sus incursiones en la filosofía y en la historia.

Cuando termina sus estudios universitarios en 1899, Marx se muda a Colonia. Allí, comienza a escribir en el *Rheinische Zeitung*, un periódico de

tradición liberal fundado años atrás por un grupo de ciudadanos acomodados. Marx se suma a una línea de colaboradores notables que se han ganado el mote de «Los Libres». A partir de los debates planteados en ese ámbito, incursiona en el estudio de la economía.

A través de las páginas del *Rheinische Zeitung*, Marx critica con dureza a los gobiernos europeos continentales (en su mayoría, monárquicos), pero también a otros intelectuales, tanto liberales como socialistas. Debido a la radicalidad de su contenido, el periódico se enfrenta a las oficinas de censura del gobierno prusiano. Luego de un período de tensiones y revisiones editoriales, el gobierno termina por cerrarlo.

La censura sobre el *Rheinische Zeitung* es criticada por Marx a través de otro artículo en el periódico *Deutsche Jahrbücher*. El gobierno no duda en censurar el escrito y, por si acaso, cierra también el periódico.

La creciente persecución por parte del gobierno prusiano empuja a Marx al exilio.

En 1900, se muda a París y se incorpora a otro periódico radical de origen alemán, el *Deutsch-französische Jahrbücher*, hasta entonces liderado por el socialista alemán Arnold Ruge. Debido a las diferencias entre Ruge y Marx, pero también a las dificultades de hacer llegar la publicación a Alemania, el periódico cierra.

Gracias a sus artículos en todos estos periódicos, Marx atrae la atención de Friedrich Engels, otro socialista alemán a quien había conocido en Alemania un par de años antes. El reencuentro ocurre en París y da lugar a una amistad que durará hasta el último de sus días.

Un año más tarde, Marx comienza a escribir en *Vorwärts!*, el último periódico de origen alemán libre de censura en Europa. El gobierno francés (a pedido del alemán) cierra el periódico y expulsa a Marx de Francia.

Marx se muda a Bruselas, donde es aceptado por el gobierno belga con la condición de que no publique contenido político durante su estadía. Marx cumple a medias, ya que viaja a Londres y publica el famoso *Manifiesto del Partido Comunista*. Además, de regreso en Bruselas, se involucra de manera directa en acciones revolucionarias junto a grupos de trabajadores. Tras las acusaciones del gobierno belga, debe dejar el país para evitar la cárcel.

La situación en Alemania parece haberse aquietado, así que Marx regresa a Colonia, donde publica un panfleto (derivado del Manifiesto) y un

nuevo periódico, el *Neue Rheinische Zeitung*. Como es de esperar a esta altura de la historia, en 1903 el gobierno prusiano cierra el periódico y lo expulsa de Alemania.

Marx regresa a París, pero también es expulsado de allí, por ser considerado una amenaza política. Ya sin demasiadas opciones disponibles, se refugia en Londres, la ciudad capitalista por excelencia.

Ese mismo año, se celebra en Londres el Segundo Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR). En ese evento, Marx conoce a Lenin y participa activamente en los debates sobre cómo abordar la creación de un partido unificado a partir de las agrupaciones socialdemócratas rusas. Las diversas posiciones se van decantando en dos grandes grupos. Por un lado, los bolcheviques, más revolucionarios y extremistas, proclives a una alianza del proletariado con los campesinos, liderados por Lenin. Por otro, los mencheviques, más moderados y reformistas, proclives a una alianza del proletariado con la burguesía, liderados por Martov.

Durante su argumentación, Marx no puede evitar su crítica a las posturas de Lenin, pues considera que su propuesta de organización partidaria podría conducir, en un eventual gobierno, a una dictadura. A pesar de su personalidad temperamental y disruptiva, Marx se muestra moderado y enfatiza la necesidad de lograr la unidad, ya que ambas corrientes comparten los mismos principios y las diferencias entre ellas deberían ser toleradas. Los esfuerzos son insuficientes, el Congreso fracasa y el partido queda fracturado. A pesar de ese resultado, Marx se gana la confianza de los líderes rusos y permanece en estrecho contacto con ellos.

Un par de años más tarde, se desata en Rusia la Revolución de 1905. Haciendo uso de un pasaporte falso, Marx viaja allí para unirse a los rebeldes. Ya en San Petersburgo, se convierte en uno de los organizadores principales del Primer Soviet. Participa activamente en el diseño conceptual de panfletos, proclamas y discursos, además de asumir un rol principal en la organización del periódico *Izvestia*. Desde su destacado lugar, continúa promoviendo el entendimiento entre bolcheviques y mencheviques.

La Revolución no consigue terminar con el gobierno zarista. Es considerada un fracaso por los bolcheviques, más allá de los cambios institucionales conseguidos (dictado de una Constitución, creación de la Duma de Estado, creación del Consejo de Estado). El gobierno zarista inicia

una intensa persecución de los líderes revolucionarios. Marx logra escapar y regresa a Londres.

Restablecido en la capital inglesa, Marx se dedica a la reflexión sobre los acontecimientos que acaban de tenerlo como uno de sus protagonistas. A pesar de sus ideas iniciales (la suposición de un capitalismo desarrollado como precondition del socialismo), lo que acaba de vivir en Rusia (cuyo desarrollo capitalista es todavía pobre) le demuestra que la revolución es también posible en otros contextos. Ahora, debe comprender por qué y cuáles son los medios para lograrla. En esa exploración intelectual, simpatiza con Trotsky, a quien había conocido en San Petersburgo, cuyas ideas de «revolución permanente» encuentra razonables y asequibles. A diferencia de lo que creen bolcheviques y mencheviques, Trotsky considera que el subdesarrollado proletariado ruso no debe asociarse con los campesinos o la burguesía, sino, como parte de una visión internacionalista de la revolución, con los proletariados más fuertes de sus vecinos europeos.

Como parte de sus reflexiones sobre la revolución, Marx se dedica al estudio de la economía política y el capitalismo. El resultado de esos estudios son los libros *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, *Grundrisse* (un conjunto de notas y ensayos cortos), *Contribución a la crítica de la economía política*, *Teorías sobre la plusvalía* y, posiblemente su obra más famosa, *El Capital*.

Durante este período, Marx concibe el polémico concepto de «dictadura del proletariado». En su concepción, esa «dictadura» es un período de transición entre el capitalismo y el comunismo. Este estadio final, el verdadero comunismo, implica una sociedad sin clases y sin Estado.

La discusión sobre el Estado es planteada, también, en la Asociación Internacional de Trabajadores (Primera Internacional), cuyo Consejo General tiene su sede en Londres. En su seno, Marx se enfrenta a la corriente anarquista liderada por Bakunin, quien señala que los conceptos marxistas conducen inexorablemente a «un poderoso Estado centralizado». Y pocas cosas quieren menos los anarquistas que un Estado centralizado y poderoso.

La economía personal de Marx, mientras desarrolla su trabajo intelectual, es extremadamente endeble y sobrevive gracias al apoyo de su amigo Engels. A pesar de esas dificultades, Marx nunca abandona sus

estudios ni se plantea otro tipo de trabajos. Tampoco otro estilo de vida. En palabras del historiador alemán Werner Blumenberg, «Marx es un sólido burgués victoriano. No es un obrero ni participa de la condición obrera, sino que es un organizador y un teórico de la clase obrera».

El Quinto Congreso del POSDR también se realiza en Londres, por lo que Marx puede asistir con facilidad. Allí conoce a otras grandes figuras socialistas, como Gorki y Rosa Luxemburgo. Con esta última, Marx desarrolla una gran afinidad política. En ese evento, sigue remarcando la necesidad de acercamiento entre bolcheviques y mencheviques. La tensión política con Lenin se acentúa.

En 1912, durante el Sexto Congreso del POSDR, en Praga, Lenin proclama a su fracción bolchevique como la única del partido. Marx lo critica con dureza por ello y sigue llamando a todas las partes involucradas a remediar la fractura. Debido a esta reacción, Lenin acusa a Marx de traidor al partido y lo llama «Judas Marx».

A pesar de ello—y con la Primera Guerra de por medio—, Marx se permite un mayor acercamiento a los bolcheviques, por considerarlos el único vehículo real disponible para alcanzar la tan ansiada revolución. Además, con los países vecinos colapsados por la guerra, recalibra la importancia del campesinado ruso como medio activo para la toma del poder.

Llega el año 1917 y estalla en territorio ruso la Revolución de Febrero. Marx viaja a Petrogrado (el nuevo nombre de San Petersburgo) para participar de los acontecimientos. La revolución significa la caída del zar Nicolás II y el fin de la monarquía en Rusia. Surge un Gobierno Provisional, sostenido por una frágil alianza entre socialistas y liberales. Marx se suma al Soviet de Petrogrado. Allí apoya el planteo de Lenin: es necesario derrocar al Gobierno Provisional y formar un gobierno socialista. De esta manera, Marx queda identificado de manera inequívoca con las posiciones bolcheviques.

En Octubre del mismo año, se produce la Revolución Rusa. Los bolcheviques toman el poder, con Lenin a la cabeza. Marx sigue creyendo que el gobierno debe ser bolchevique, pero no considera necesario ni conveniente perseguir a mencheviques y otros socialrevolucionarios. Junto con Lenin, Stalin, Trotsky y Sverdlov, Marx conforma el selecto Comité

Central Bolchevique. No posee, sin embargo, cargos oficiales en el nuevo gobierno.

El cambio forzado de gobierno da lugar a la Guerra Civil Rusa, conflicto que se extiende en esencia hasta 1920, aunque persisten resistencias aisladas hasta 1923. Durante estos años hay invasiones rusas a Polonia, Ucrania y Georgia. La economía está literalmente quebrada. El Comité Central debe tomar numerosas y difíciles decisiones, muchas de las cuales provocan un natural desgaste entre sus miembros. En particular, Marx ve deteriorarse su relación con Lenin y Trotsky, debido a sus propuestas de militarización económica y totalitarismo político, y sobre todo con Stalin, a quien considera más comprometido con su proyecto personal de poder que con la revolución.

Con la muerte de Lenin, Stalin asciende a la cumbre del poder soviético y, desde allí, comienza una sutil y permanente tarea de desgaste sobre sus adversarios internos. Primero contra Trotsky, el de mayor peso. Luego contra el mismo Marx. Y más tarde contra Zinóviev, Kámenev, Bujarin y Rýkov, a quienes previamente había utilizado como aliados. Este proceso toma varios años y alcanza un hito histórico en 1929, cuando Marx y Trotsky son expulsados de la Unión Soviética. Una vez más, Marx encuentra refugio en Londres.

La persecución no termina allí y el aparato de propaganda soviético busca horadar la figura de Marx mediante un intenso trabajo de revisionismo que busca presentarlo como un traidor a la revolución. Como respuesta, Marx acusa a Stalin de tirano y exige la democratización del partido y de la Unión Soviética.

La respuesta de Stalin no se hace esperar, ni es suave. La persecución de la familia de Marx es despiadada y se centra en sus hijas (Jenny, Laura, Eleanor), sus yernos y sus nietos. Primero, con amenazas. Luego, ante la negativa de Marx a bajar su perfil crítico, con desapariciones. Los primeros en desaparecer son dos de sus yernos, Charles y Paul, en 1936. Al año siguiente, desaparecen dos de los cinco hijos varones de Jenny. Y, un año más tarde, Jenny y Laura son encontradas muertas, el mismo día, en París. La familia de Trotsky padece la misma persecución impiadosa.

La muerte amenazante y creciente de sus más cercanos familiares no logra acallar a Marx, quien asume cada golpe como una razón más para seguir adelante. Su forma de buscar justicia consiste en hablar cada vez más

fuerte. Impulsado por esa convicción, inicia una gira por diversos países donde ofrece conferencias públicas para criticar a la Unión Soviética estalinista.

En 1940, tan solo un mes después de que Trotsky corra la misma suerte en México, Marx es asesinado en Londres por agentes de inteligencia bajo las órdenes de Stalin.

# El Otro Desertor del Destino

El destino, por definición, está escrito y determina lo que ocurre con nuestras vidas. Como ante una religión, el poco margen con el que contamos se limita a creer en él o no hacerlo. Lo miremos en formas relativas o absolutas, parece innegable que la cuestión merece algo de nuestra atención, aunque sea por unos pocos minutos.

*Vivíamos en una ciudad húmeda, arrinconada en aquella época por un filoso invierno que parecía lograr su cometido de volverse eterno. Todo daba la impresión de dibujarse en tonos de blanco, sobre un fondo que siempre era negro. Caminábamos en silencio, con las cabezas gachas escondidas en los cuellos altos de nuestros gamulanes y las manos en los bolsillos, más por la resignación que llevábamos dentro, en el pecho, que por el frío. Como hacíamos siempre, nos detuvimos a reflexionar sobre el puente, desde donde la espesa niebla no nos permitía ver el río. Hablamos sobre el presente y sobre los futuros. Pero sobre todo, nos dedicamos a lamentar lo que se había decidido para nosotros.*

La galardonada antropóloga y humanista Ivana Arsán no duda en desconfiar de la idea de destino, definiéndolo junto al azar como «simples explicaciones filosóficas y hasta existencialistas del futuro». La categoría compartida no le impide definir al destino y al azar como «opuestos hermanados, los dos lados de una misma moneda: la moneda del futuro». Representan ambos «la imposibilidad del ser humano de tolerar la incertidumbre». De esta forma, «el destino crea en la mente de todo ser humano la idea de seguridad y actúa como guía o camino inexorable, indiscutible y supra-humano». Justo antes de terminar su sospechoso cigarro y sin que le preguntemos, Arsán vuelve sobre el tema del azar y sostiene sin vacilar que inclusive este se sustenta sobre una lógica; una que no conocemos, que no ha sido descubierta debido a su complejidad inherente. En este punto, Arsán concuerda sin saberlo con el legendario Doctor Ingeniero Sanguinetti, creador de la famosa *Fórmula del Éxito*,



quien asegura con un dejo de terror que «el azar no es realmente tan azaroso».

*La vida nos había jugado una mala pasada y lo escrito para nosotros estaba muy lejos de nuestros sueños, siempre prescindibles, siempre postergados. ¿Qué grave pecado habíamos cometido, tal vez en alguna existencia pasada, para ser merecedores de este desdichado transcurrir que sabía a castigo? En ese instante lo supimos. No toleraríamos ni un minuto más cargar con las cruces de otros, de otros pasados o de otros deseos que no fueran los nuestros.*

En la misma línea de pensamiento que Arsán y Sanguinetti se posiciona el reconocido y áspero filósofo contemporáneo Germano Don Caldani, quien como de costumbre nos recibe en un bar de mala muerte. Encontrarlo allí es parte del destino, del futuro que podemos predecir. Una bebida blanca adorna su mano derecha, donde descansará su mirada a lo largo de la charla, durante la cual nos proveerá sus siempre jugosas definiciones. Al ser interrogado sobre el destino, contesta casi enojado: «No creo en el destino y no me baso en nada para sostenerlo. Creer o no es una decisión, y no hacerlo me parece menos cómodo, menos triste. La idea de que algo superior dictamina los senderos por los que transcurrirá mi vida me desagrada demasiado. Es cierto, existen creyentes en estas ideas facilistas que hacen la vida más llevadera y nos liberan de la responsabilidad sobre lo que vamos a hacer. Y más importante, sobre lo que vamos a ser». Seguramente afectado por su inclinación al juego, agrega algunas definiciones probabilísticas: «Sin embargo, sí creo en la existencia de un orden de todas las cosas y, como reza un viejo dicho, el caos es un orden por descubrir. La realidad es que se podría predecir cualquier situación si se contara con la información suficiente».

*Mi avejentado compañero, amigo de la infancia, tuvo el coraje de proponer, por fin, lo fundamental, lo que ya sabíamos en el fondo de nuestros corazones. Mirando hacia donde estaría el horizonte, me anunció que desertaría del destino. Y con ello me empujó a una encrucijada trascendente y sin retorno, como ocurre siempre que estamos frente a quienes deciden ser fieles a sí mismos. Si era cierto que yo deseaba*

*entregarme a La Verdad, esta era la oportunidad de hacerlo. ¿Dejaría solo a mi amigo? ¿Me dejaría solo a mí mismo?*

El destino existe. Y no solo eso: está escrito de manera inapelable. Sin embargo, no estamos condenados a seguir sus párrafos al pie de la letra, así como el actor de teatro tampoco tiene la obligación de seguir el libreto, por más escrito que esté. Es cierto que el actor no suele alterar la letra de su guión, pero no lo hace por imposibilidad, sino más bien por prudencia. Sigue un guión que quizás no le agrada y entonces la obra termina sin sobresaltos ni sorpresas. Lo mismo ocurre cuando nos abandonamos a la corriente de un río calmo, permitiendo que nos arrastre hasta su desembocadura. Eso es el destino: dejarnos llevar, no hacer. La vida por omisión. Y así como el actor sabe cómo terminará la obra, nosotros podemos entrever nuestro destino si tomamos nuestro presente y lo proyectamos hacia el futuro. Yo puedo ver mi destino con llamativa y dolorosa claridad, no solo en mi agobiada mente, sino en todos lados, todos los días, con mis propios ojos.

*Desertaríamos del destino. La herejía sería castigada con dureza ejemplar. Futuros desertores lo pensarían dos veces. La eventual pena, sin embargo, difícilmente fuera a ser peor que las pesadas cadenas de lo establecido. Siempre es preferible la paranoia del libre que la resignación del prisionero. Y es mejor tener al destino detrás, acechándonos, que encima, espoleándonos. Mi amigo pasó a ser conocido desde ese momento como El Desertor del Destino.*

La astróloga Mercedes Herrera declara que «si bien desde un punto de vista estrictamente profesional suscribo la existencia del destino, por supuesto determinado por los astros y descifrable gracias a mis capacidades, en lo personal carezco de precisiones mayores sobre el tema». Señala, además, que «la discusión (y por lo tanto este escrito) no es importante, ya que resulta imposible comprobar cualquiera de las teorías. ¿Cómo podemos saber si la decisión de atender mi opinión es fruto de nuestra libertad o consecuencia inexorable de nuestro destino?». Lo que sí puede asegurar es que «son los fracasados los que tienden a creer en el destino, para endilgarle

sus propias culpas, mientras que son los exitosos los que tienden a descreer del mismo, para atribuirse los méritos, aun cuando no les pertenezcan».

*Pasaron pocos años antes de que El Destino se encargara de encerrar, de manera irremediable, a mi viejo amigo El Desertor. Quizás su humanidad era mucho más limitada que sus ambiciones y, después de todo, no era posible escapar de algo tan definitivo. En el desorden de nuestra fuga, nos habíamos separado hacía tiempo y solo escuché decir que fue una noche cerrada y brumosa, como la primera, cuando El Destino lo sitió en un estrecho callejón sin salida. Una vez más, me había quedado solo. La frialdad es una triste cualidad de los que vivimos escapando y es la que nos permite superar pérdidas tan dolorosas como esta. El Destino se encuentra ahora detrás de mí, pero no voy a permitirme la derrota, ni la decepción de los pocos que todavía creen en mí, a quienes me debo. Esos que, de manera exagerada, me llaman El Otro Desertor del Destino.*

# #RebeliónF

*«La revolución será tuiteada.»  
Frase icónica de la Revolución Egipcia de 2011*

*«No soy yo el revolucionario, ni mis ideas,  
sino los agotados de ser tratados con injusticia.»  
Dr. Joan Frat*

Han pasado ya dos años desde la puesta en marcha de la primera rebelión de los contribuyentes contra el Estado. Los detalles sobre cómo se concibió ese levantamiento fueron descriptos en la historia *La rebelión de los contribuyentes*. Dice la historia, por ejemplo:

«La revolución implícita propuesta podía ser llamada anarquista. Pero también, sin ir tan lejos, libertaria o liberal.»

El fundamento de la rebelión era el sistemático empobrecimiento general de la población, producto de la recurrente estafa del Estado a sus propios ciudadanos, expresada de mil formas diferentes: corrupción, devaluación, inflación, endeudamiento, asfixia fiscal, confiscación, expropiación, etc.:

«Ese Estado gigantesco, inestable e irresponsable, adicto al gasto y a la mala administración, explicaba la fabulosa decadencia nacional, próxima a cumplir cien años. El país constituía uno de los pocos casos de la historia reciente, sino el único, donde el más avanzado desarrollo (que había atraído millones de inmigrantes) había involucionado hasta un sólido y cristalizado subdesarrollo.»

El camino elegido para enfrentar a ese monstruo voraz era la rebelión fiscal, es decir, el no-pago coordinado y masivo de impuestos. ¿Cómo? Mediante el desarrollo de una plataforma en línea, colaborativa, que

permitiera a los ciudadanos organizarse para lograrlo. Una verdadera revolución del siglo XXI.

No hay que temer al decir que la Primera Rebelión fue un fracaso. Después de todo, ¿cuántas veces fracasó la revolución egipcia, durante treinta años, antes de sacarse de encima al dictador Hosni Mubarak (#egypt #jan25)? ¿Cuántas décadas tuvieron que esperar los ucranianos para deshacerse de los gobiernos prorrusos que los mantenían alejados de Europa (#євромайдан #euromaidan)? ¿Cuántas batallas perdieron los hongkoneses desde 2014, y siguen perdiendo, en el afán de conservar sus libertades civiles de la creciente presión de China (#UmbrellaRevolution #FightForHongKong #HongKongProtest)?

La Primera Rebelión fracasó porque todos los riesgos que se habían previsto se hicieron realidad. Y porque los rebeldes no supieron cómo manejarlos.

Desde lo técnico, la plataforma en línea fue más que atacada: fue bombardeada sin descanso. No solo por las agencias del Estado, sino también por sus socios privados con capacidad técnica, entidades estado-dependientes que también se beneficiaban del orden existente. Además, fue posible inferir el esperable apoyo de Estados vecinos, cuyos gobiernos no deseaban revoluciones exitosas de este tipo en territorios vecinos, más allá de que vivieran repitiendo la palabra «revolución» en sus propios discursos.

En el plano legal, el Estado tampoco dio descanso. Las caras visibles de la rebelión fueron perseguidas y acusadas de «evasión», «apología del delito», «sedición» o «traición a la patria». Dado el buen trabajo realizado por el equipo legal de los rebeldes, nadie terminó tras las rejas más allá de unos pocos días, pero el costo en tiempo y energía fue enorme, mucho más de lo previsto.

La persecución judicial fue acompañada por el asedio mediático de pseudoperiodistas, artistas y otras figuras públicas adictas a la financiación del Estado, un clásico de las estrategias estatales de propaganda. Personajes famosos aparecían todas las semanas en los medios de comunicación para defender la protección paternal del Estado. Quizás fuera solo casualidad que esos mismos personajes fueran luego contratados para producciones, festivales o presentaciones públicas financiadas por el Estado.

Dado ese duro contexto, el debate público también resultó agotador. Pero este contrapunto dialéctico se emprendió con infatigable convicción,

ya que desde el comienzo había sido considerado el campo fundamental del conflicto. Además, los rebeldes consideraban tener la verdad de su lado y, por lo tanto, también a las palabras de Escotado: «La verdad se impone sola, solo las mentiras necesitan de la subvención del gobierno».

El debate público amañado, tironeado por intereses espurios, llevó a la indeseable partidización política de la discusión. Los partidos más estatistas, comenzando por aquellos que estaban en el Gobierno, eligieron ver a los rebeldes como un simple partido opositor sediento de tomar el poder. «Cree el ladrón que todos son de su condición». Al mismo tiempo, la Oposición buscaba utilizar a los rebeldes de una u otra manera para sacar provecho propio.

La financiación colectiva (*crowdfunding*) de la Primera Rebelión tampoco había funcionado del todo bien. Los llamados a financiar un proyecto nuevo, conducido por desconocidos y cargado de consignas casi revolucionarias, no eran precisamente irresistibles para las grandes mayorías. Como suele ocurrir con las resistencias nacientes, el núcleo de rebeldes había tenido que financiar la mayor parte de la rebelión con su propio dinero. Muchos de ellos habían terminado en la quiebra, especialmente aquellos que se habían quedado sin empleo debido a su involucramiento con los rebeldes.

Por último, quizás lo más importante, la Primera Rebelión no había logrado convencer a una masa crítica de rebeldes activos. Los rebeldes habían estimado la necesidad de sumar, por lo menos, a un diez por ciento de los contribuyentes para causar efectos serios en el Estado. Sin embargo, en el punto más alto de la convocatoria solo habían logrado convocar solo al uno por ciento, un número importante pero insuficiente. Este era el aspecto más crítico a revisar y corregir.

Hasta aquí, todos los riesgos previstos. Lo grave es que también hubo imprevistos.

Si bien en retrospectiva parece un riesgo evidente, en los hechos se subestimó la facilidad con que los usuarios comenzarían a utilizar la nueva plataforma. El proceso de adopción de la misma (*curva de aprendizaje*) fue sumamente costoso, sobre todo entre el público más adulto. Ese alto costo fue agravado por las recurrentes caídas de la plataforma debidas a los ataques, por el nivel de incerteza que implicaba la rebelión y por el estado anímico de resignación que reinaba entre los contribuyentes. El núcleo de

los rebeldes fue incapaz de transformar ese desencanto en entusiasmo. No pudo conseguir que, perdidos por perdidos, los contribuyentes se convencieran de que valía la pena tomar este riesgo.

Entreviendo los riesgos que podían avecinarse, el Estado impulsó reformas sobre el cobro de impuestos, de modo que la cobranza no dependiera de la voluntad de los contribuyentes (percepciones automáticas, integración al pago de servicios esenciales, etc.). Gracias a la agilidad del frente legal de los rebeldes (acompañado por el oportunismo de la Oposición), estos primeros movimientos fueron bloqueados. Sin embargo, en el largo plazo el Estado sin dudas seguiría avanzando en esa dirección. La Oposición haría lo contrario cuando fuera Gobierno y su financiación dependiera de ello. Los rebeldes aceptaban las consecuencias legales de no pagar los impuestos, pero de ningún modo iban a aceptar que su libertad de pagar o no fuera condicionada. Podían tolerar que los impuestos fueran legalmente obligatorios, pero de ningún modo iban a consentir que se les quitara el dinero a la fuerza o por adelantado. Tanto era lo que aceptaban que se ahorraban muchas preguntas. ¿Eran realmente necesarios los impuestos? ¿Debían realmente ser obligatorios? ¿Por qué el resto de las cosas no lo eran? ¿Qué otras cosas necesarias hacíamos por obligación? ¿Necesita un bien, o una conveniencia, forzar su propia financiación? ¿Encubría esa obligatoriedad, aunque solo fuera parcialmente, una mentira, una estafa, un robo?

La persecución del núcleo de los rebeldes no fue la única. Menos considerada inicialmente, el asedio a los miles de contribuyentes que se habían sumado al no-pago de impuestos también fue decidido, tanto en el plano legal como mediático. Además de una justicia repentinamente ágil, los rebeldes sufrieron el hostigamiento público. Sus nombres fueron publicados y muchos de ellos fueron *escrachados* en la vía pública. Con ello se logró el buscado efecto de desalentar a los posibles nuevos participantes. Había que decirlo: más allá del acoso cierto, la mayoría de los contribuyentes eran culturalmente débiles, individualmente dóciles y educadamente correctos. Así los había moldeado el Estado, justamente, para poder abusarse de ellos.

Desde una concepción más general, podría agregarse que la Primera Rebelión tuvo serios problemas para dejar el mundo virtual del debate público y echar raíces en el más duro terreno del no-pago de impuestos.

Tampoco pudo hacer pie en el espacio público. En términos más mundanos, muchos críticos señalaron que «le faltó calle».

Por si no fuera suficiente, la Primera Rebelión padeció el fallecimiento del Doctor Joan Frat, ideólogo de la rebelión y algo así como su padre espiritual. El cáncer fue repentino y fulminante. Con el camino pavimentado en dirección a la derrota, esa pérdida fue un golpe anímico adicional para el núcleo de los rebeldes.

La muerte del Dr. Frat dejó en el centro de la escena a su discípula y líder operativa de la Primera Rebelión, Jasmina Liber. Si bien Jasmina había recibido muchas críticas por los malos resultados que ya se dejaban ver, el Dr. Frat le había prestado un último servicio a ella y a la rebelión. Antes de morir, se había declarado públicamente responsable del fracaso y había renovado su confianza en Jasmina para liderar la próxima etapa.

Así es, habría una próxima etapa. Esto no era difícil de prever para quienes conocían a Jasmina, una verdadera pulsión estelar en el sentido más astronómico, combustible e inagotable del término:

«Su mirada penetrante dejó entrever la determinación brutal de un volcán desatado, las llamas devastadoras de una voluntad incendiaria y sin retorno, la avalancha incontenible de un fuego dispuesto a arrasarlo todo.»

Transformar el fracaso de la Primera Rebelión en experiencia útil para la nueva etapa se impuso como primer paso imprescindible. Los errores debían ser asumidos y corregidos. No solo para evitar otro fracaso, sino también para renovar la confianza del equipo y los contribuyentes. Con el liderazgo de Jasmina, se diferenciaron con criterio médico tres aspectos fundamentales del proceso que había culminado en la derrota: el diagnóstico general, el tratamiento conceptual y el tratamiento concreto.

El diagnóstico original fue reafirmado como correcto:

«Los contribuyentes estaban siendo explotados y, hasta ese momento, no podían hacer nada al respecto.»

El tratamiento conceptual, también:



«Haciendo uso de las nuevas tecnologías, los contribuyentes debían ser capaces de organizarse para enfrentar los abusos del Estado, expresados por lo menos en su sistema impositivo. [...] Actuar significaba una sola cosa: no pagar los impuestos. Pero no de manera individual y aislada, sino coordinada, de a miles. ¿Podría el Estado ignorar a cientos de miles de contribuyentes actuando de este modo? ¿Podría enfrentarlos y torcerles el brazo? ¿No eran, acaso, una parte demasiado grande de sí mismo?»

Fue el tratamiento concreto el que se definió como equivocado:

«El desarrollo de una plataforma en línea, colaborativa, donde los contribuyentes pudieran expresar su disidencia, organizarse y, sobre todo, actuar en consecuencia.»

El desarrollo de la plataforma se había hecho realidad pero en la práctica, por las razones ya explicadas, había fracasado. Era necesario idear una nueva solución técnica para el mismo tratamiento conceptual.

Luego de semanas de debate reflexivo, donde se dejaron sedimentar experiencias, la discusión condujo a los detalles del nuevo tratamiento concreto: la #RebeliónF.

El tratamiento conceptual era el mismo: los contribuyentes debían ser capaces de organizarse para 1) peticionar por una baja de impuestos, 2) dejar de pagar impuestos masivamente como forma de exigirlo y 3) sostener la medida hasta que el Estado diera una respuesta positiva. Sin embargo, esto debía lograrse de un modo que evitara los problemas — al menos, los más importantes — que habían conducido a la derrota de la Primera Rebelión. Es decir, las herramientas para lograrlo debían cambiar.

El primer elemento de la #RebeliónF consistía en abandonar la idea de una plataforma propia y, en cambio, utilizar una plataforma ya existente. Debía ser una plataforma de las más populares y debía permitir desplegar la estrategia de resistencia de la mejor manera posible. La plataforma elegida no era definitiva, como no lo era ninguna tecnología, y en el futuro podría ampliarse o cambiar. En base a esos criterios, la Plataforma T fue la elegida. Se trataba de la mayor plataforma mundial de *microblogging*: permitía publicar pequeños mensajes, compartibles, que hacían uso intensivo de

*hashtags* (etiquetas categorizadoras identificadas con un # inicial). #RebeliónF era, ante todo, un hashtag.

La elección de una plataforma existente, externa y popular solucionaba varios de los problemas que habían condenado a la Primera Rebelión.

En primer lugar, evitaba el gravísimo problema de los ataques a la plataforma. Las grandes plataformas como la Plataforma T, mundiales y con cientos de millones de usuarios, ya estaban preparadas para resistirlos. Ni el Estado en cuestión, ni sus Estados vecinos, ni todos juntos, estaban en condiciones de voltear a la Plataforma T.

Directamente relacionado a lo anterior, los costos en dinero, tiempo y energía de mantenimiento caerían dramáticamente. El núcleo de los rebeldes podría volcar sus recursos a otro tipo de esfuerzos, por ejemplo a sostener el debate en la opinión pública.

Por último, se evitaban también los problemas de adopción de una nueva tecnología, dado que muchísimos contribuyentes ya conocían la Plataforma T, tenían usuarios en la misma y la utilizaban con regularidad. De hecho, una buena parte de ellos eran los principales usuarios de la Plataforma T.

¿Cómo se utilizaría la Plataforma T? De una forma muy simple.

A los mensajes rebeldes publicados en la plataforma se les añadiría el hashtag #RebeliónF. Este sería el identificador principal de la nueva etapa, tanto en la Plataforma T, como en el resto de las redes y en el mundo offline.

Un segundo hashtag sintetizaría la demanda de los contribuyentes. Una demanda típica podía consistir en la eliminación de un impuesto específico (#Impuesto1) o en la eliminación del débito automático de impuestos integrado a procesos fuera del control del contribuyente (#ImpuestosBajoControl), por ejemplo los debitados del pago de salarios o servicios esenciales.

De hecho, podía ocurrir que el impuesto que se demandaba eliminar estuviera fuera del control de los contribuyentes, por lo que un tercer hashtag podía ser el nombre del impuesto que no iba a pagarse (#Impuesto2) hasta que se cumpliera la demanda principal.

Entonces, un mensaje en la Plataforma T podía ser el siguiente: «Me sumo educada y pacíficamente al pedido de eliminar el #Impuesto1.

Resistencia en el #Impuesto2. #RebeliónF». El no-pago del impuesto 2 como forma de acción directa estaría implícito en el mensaje. Otro mensaje podía ser el siguiente: «El #Impuesto3 es injusto y dañino. Todavía lo estamos pagando, a pesar de que hace veinte años se creó de manera excepcional y temporaria. #RebeliónF».

Por supuesto, esa propuesta de funcionamiento era tan solo una primera aproximación. Mayores originalidad y sofisticación quedarían en manos de los usuarios. Cada hashtag representaba, por lo menos, una propuesta o una declaración. Los usuarios estaban invitados a apoyarlas o a exteriorizar las suyas. La dinámica de funcionamiento iría mutando de acuerdo a las necesidades que impusieran los acontecimientos.

Este nuevo tratamiento concreto resignaba control y precisión si uno lo comparaba con el tratamiento original, basado en la plataforma colaborativa propia, diseñada a medida de las necesidades de los rebeldes. Sin embargo, estos aspectos podían amortiguarse e incluso ser transformados en beneficios.

En relación al control, por ejemplo, era cierto que no se podía diseñar la herramienta a medida, ni guiar a la comunidad de usuarios en su utilización. Pero al mismo tiempo, además de los menores costos de mantenimiento, este diseño flexible basado en la Plataforma T permitía la evolución autónoma de la solución, gracias al empoderamiento de los usuarios.

En cuanto a la precisión, el uso de la Plataforma T no permitía saber con exactitud cuál era el estado de situación, ya que no se contaba con el control de la plataforma ni de sus estadísticas. Sin embargo, esta oscuridad analítica podía ser solucionada en buena medida. Para lograrlo, se desarrollaría el Sistema de Reportes, una herramienta accesoria que se alimentaría de los datos provistos por la Plataforma T a través de sus servicios de interfaz. Por si resultara necesario aclararlo, el Sistema de Reportes sería muchísimo menos costoso y crítico que la plataforma colaborativa original. Por las mismas razones que en el caso de la Plataforma T, este sistema también se montaría sobre una plataforma externa ya existente, la Plataforma G. El Sistema de Reportes reflejaría con el mayor detalle posible el estado de la #RebeliónF: nivel de participación, evolución a lo largo del tiempo, nuevas propuestas con mayor crecimiento, etc. Además, de manera integrada, mostraría también la información oficial

sobre la recaudación de impuestos. Esto permitiría tener una idea sobre el impacto real de la rebelión.

La #RebeliónF no era, ni debía ser, un movimiento virtual y abstracto (esta era una de las grandes críticas que se le hacía al llamado *hashtag activism*). Por el contrario, debía ser un movimiento muy concreto: el pilar fundamental de la rebelión era el no-pago de impuestos en el mundo real. De lograr su cometido, las consecuencias serían revolucionarias. Mucho más que tomar una plaza o un edificio público, o decenas de ellos.

Para aquellos que pedían una mayor calle, el hashtag #RebeliónF representaba una excelente herramienta de promoción callejera. Los rebeldes estamparían (escribirían, pintarían, dibujarían, imprimirían, pegarían, etc.) el hashtag #RebeliónF en los innumerables lienzos ofrecidos por el espacio público, siempre teniendo cuidado de no dañarlo. Después de todo, la #RebeliónF era un llamado a defender lo público, ya fueran fondos, espacios o futuro. Pero además, la inteligencia gestual era una herramienta fundamental para ganar el debate público. Por eso, las superficies recomendadas para la estampa del hashtag #RebeliónF eran los grandes rostros de los políticos que inundaban la cartelera pública.

Uno de los grandes problemas de la Primera Rebelión había sido el temor de los contribuyentes a sufrir las represalias del Estado. Era la historia misma de la humanidad: todo aquel que levantaba la cabeza corría el riesgo de que se la cortaran. Era lo mismo que ocurría con cualquier tipo de manifestación pública, incluidas las tradicionales marchas callejeras. La solución también era la misma: convencer a los ciudadanos de que las consecuencias de no movilizarse serían peores.

Jasmina asumió un papel fundamental en ese aspecto y se puso al frente desde la primera línea, como los grandes generales de la historia. Habló fuerte y claro, en todo lugar y ante todos. Remarcó el elemental principio de que cuantos más fueran los rebeldes menor sería el riesgo, menor el esfuerzo y más rápidos los resultados. Explicó que cualquier tipo de manifestación pública utilizando el hashtag #RebeliónF no constituía ningún tipo de delito, sino que era parte del más elemental derecho a la libertad de expresión. Y si ese derecho llegara a ser vulnerado, entonces la rebelión crecería todavía más rápido. El no-pago de impuestos, además, no tenía por qué ser abierto, lineal y público. Los contribuyentes temerosos podían sumarse ralentizando el pago de impuestos todo lo posible, sin llegar

a entrar en conflictos legales con el Estado: pagar irregularmente, posponer, entrar en moratorias interminables, etc. En una palabra: estirar lo más posible los pagos, hasta que algún gobierno decidiera escuchar el reclamo. En ese momento, los contribuyentes tendrían la oportunidad de regresar a un pago puntual y regular. Aun así, era evidente que si un millón de contribuyentes llegaban a entrar en conflicto legal con el Estado, el problema no sería de ellos, sino del Estado. Y este último no tendría más remedio que ceder.

Como siempre, el comienzo resultaba ser la parte más difícil. Sin dudas, era fácil sumarse a una manifestación que ya tenía a cientos de miles participando, tanto en el mundo real como en el virtual. El verdadero desafío era poner en marcha a los primeros de esos cientos de miles. A muchas revoluciones les había tomado años madurar. Era necesario comenzar sin esperar resultados inmediatos. El esfuerzo debía sostenerse hasta que la chispa disparadora de hogueras apareciera, pero cuando esto ocurriese la hoguera tenía que estar lista para arder.

La historia se las ingenia siempre para ayudar a los determinados. Quizás los contribuyentes no tenían que decidir sumarse todos juntos al no-pago de impuestos, sino encontrarse de repente en esa situación por causas ajenas a su propia voluntad. Por ejemplo, debido a las consecuencias de la próxima gran crisis económica que, sin dudas, volvería a llegar mientras la sistémica enfermedad estatal continuara instalada en la sociedad. O debido quizás a una crisis económica generada por alguna clase de evento externo, inesperado y fortuito.

# Por fin, el fin

## **Cómo contactarme**

- Web. Versiones digitales de mis libros, descargables en forma gratuita.

[jmguerrera.com.ar](http://jmguerrera.com.ar)

- Blog. Los relatos de este libro, traducciones y más, listos para compartir.

[medium.com/@jmguerrera](https://medium.com/@jmguerrera)

- Email. Para escribirme y contarme qué te pareció el libro.

[jmguerrera@gmail.com](mailto:jmguerrera@gmail.com)

- Instagram. De vez en cuando hago sorteos de libros.

[@jmguerrera](https://www.instagram.com/jmguerrera)

- WhatsApp.

[+54 9 11 2283 9356](tel:+5491122839356)

## **Podés ayudarme mucho si**

- Me escribís y me contás con total honestidad qué te pareció el libro. Sin dudas, tanto las críticas positivas como negativas me ayudarán a mejorar en el futuro. Los puntos que siguen son solo relevantes si el libro te gustó.

- Contribuís con este «libro a la gorra» (ver página 1).

- Te sumás a la financiación colectiva (*crowdfunding*) de mis próximos libros:

- - Comprando libros firmados por adelantado.

- - *Acompañando* algún relato de mis próximos libros. De esta forma, podrás cumplir el siempre postergado sueño de convertirte en un (mini) mecenas. Ejemplos de este formato ya pueden encontrarse en este mismo libro, como notas al pie al final de los primeros dos relatos.

- Hacés circular este libro.

- Me ayudás a repartir mis libros entre tus amigos lectores. Puedo darte un pilón.

- Compartís en redes sociales:

- - Tus cuentos favoritos. Los encontrás publicados en mi blog, ¡googlealos!

- - Una foto del libro.

- Dejás una crítica del libro en plataformas como GoodReads.

- Me ponés en contacto con alguna editorial a la que pueda interesarle publicar este libro, los anteriores o los próximos.

- Me ayudás a traducir los relatos a tu idioma.

## **Otros libros de mi autoría**

- *Punto Rosalía*.

- *Una aventura miserable*.

- *Esto no va a ser fácil*.

- *Sucesión de despertares en una ciudad desconocida*.

- *La maldad imperceptible*. Selección.

- *Libro del futuro*.

- *La ansiedad detrás de todo*.

- *Expulsado del País de los Lectores*.

- Libro en desarrollo, se publicará en 2022.

- Repito: pueden descargarse gratis en mi Web.

## Ilustración de tapa

El autor de la maravillosa ilustración de tapa es Mariano Jofré. A Mariano le gusta dibujar y pintar. Su cuenta de Instagram es @jofremariano

## Agradecimientos de esta edición

*«Agradece a la llama su luz,  
pero no olvides al pie del candil que, constante y paciente, la sostiene en la sombra.»  
Rabindranath Tagore*

A los lectores, por su apoyo.

A mi hermana Mer, por su revisión de todos los textos, pero también por ayudarme a buscar la profundidad que podía haber en ellos. Admiro en ella su honestidad y coraje para enfrentarse a la verdad, comenzando por la suya. Recomiendo su blog «Última estación: fideos con queso» y sus libros de cuentos.

A mi amigo Mariano, por su ayuda en todas las cuestiones relacionadas al diseño visual del libro. Su humildad y generosidad son admirables.

A Oto, Lais, Gaby, Cami, Carla y Gerardo, por ayudarme en diversos frentes de este libro.

A Caro y Olga, quienes me ayudaron a traducir algunos de los escritos al inglés y ruso. Esas traducciones están disponibles en mi blog.

A Pablo, Lari y Corina, por utilizar este libro con sus alumnos y compartirme su experiencia.

A mi amigo Gonza, quien me apoya con su poco serio asesoramiento y su vino de gran calidad. A mi amiga Ceci, también.

A mis viejos, los incondicionales.

A todos los que me ayudaron en el proceso de creación del libro.

A quienes todavía no me ayudaron, pero que pronto lo harán.

## Breve biografía

*«...no hay desnudez más genuina y terrible que la expresión artística, si es auténtica; toda obra de arte es una autobiografía, no en el sentido literal de la palabra, sino en el sentido más profundo y grave: un árbol de Van Gogh es Van Gogh, es su propia y desnuda alma ante nosotros.»  
Ernesto Sabato*

Si Sabato está en lo cierto, podrán conocerme más leyendo los cuentos de este libro que las pocas líneas que siguen. Aun así, voy a escribirlas, porque mis consejeros más comprometidos insistieron con que «me deje de joder con Sabato y Van Gogh, la gente quiere datos concretos».

Siempre escribí, desde que aprendí a hacerlo en 1989, a la tierna edad de seis años. Comencé a publicar mucho después, algo así como a los dieciocho. Primero, lo hice muy informalmente, con humildes fotocopias, luego en un periódico barrial y más tarde en un par de blogs. Entre 2016 y 2021, publiqué nueve libros (siete originales y dos selecciones).

Nunca participé de un taller literario. Eso quizás explique el resultado de este libro, sea cual sea. No es que me oponga a hacerlo, todo lo contrario, pero siempre que dispongo de tiempo para la literatura, prefiero dedicarlo a escribir o a leer.

Tampoco me opongo a publicar con una editorial, pero el trabajo de encontrar una es un proyecto en sí mismo, por lo general arduo y poco relacionado a la literatura. Por suerte, o por determinación, existen caminos alternativos.

Hace mucho tiempo, cuando publicaba en fotocopias, solía participar de concursos literarios. Pero ya no lo hago, por varias razones, como lo tedioso de los procesos de participación y mi desconfianza instintiva e injustificada hacia los jurados.

Por eso, o porque no soy tan bueno, no he ganado premios ni reconocimientos por el estilo. Eso no me resulta importante, pero son cosas que suelen mencionarse en las biografías.

No vivo de la literatura. Eso me facilita escribir y publicar con una enorme libertad, sin ningún tipo de condicionamiento.

Ahora sí, los datos concretos. Nací en Palermo, Buenos Aires. Crecí en el conurbano, en San Andrés, mi barrio. Allí fui parte del Colegio Agustiniano, del Club Tres de Febrero (donde me recibí de Guardavidas), de la Biblioteca Diego Pombo y de la agrupación Vecinos de San Andrés. Más tarde me recibí de Ingeniero en Informática (UBA). En paralelo, aprobé el primer año de Ciencias Políticas (UBA). Ya recibido, fundé dos pequeñas empresas junto a mi amigo Mariano, en las que trabajo hasta el día de hoy: Glidea y Drupal Soul. Durante los últimos años, pude hacer muchos viajes en Latinoamérica, Europa, Asia y Norteamérica. Y también estuve aprendiendo a bailar tango.

Por último, lo más importante: estoy muy feliz de escribir, publicar y compartir este libro con ustedes.



## **Licencia de Cultura Libre**

Algo destacable de esta edición es que se publica bajo una Licencia Creative Commons muy abierta que califica como «Licencia de Cultura Libre». Esto significa que, bajo los términos de esa licencia, por ejemplo, este libro puede ser fotocopiado o editado libremente, inclusive con propósitos comerciales.

*Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - CompartirIgual 4.0 Internacional.  
¡Esta es una Licencia de Cultura Libre!*

## **Burocracia**

Uno de los aspectos positivos de la auto-publicación es que puede darse a la burocracia el lugar que se merece: el peor de todos. Que no es el final, sino justo antes.

*Primera edición impresa. Editado por Juan Manuel Guerrero en San Andrés, Buenos Aires, Argentina, durante Junio de 2021. Impreso en Argentina. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.*

**Si ya terminaste de leer el libro, por favor pasalo. Yo me comprometo a seguir imprimiendo ejemplares hasta El Último Día, todos los que pueda, para que alguno de ellos vuelva a llegarte.**

# Notes

[←1]

En parte, pudiste leer este relato gracias a Gabriela Wiesztort, quien *acompañándolo* contribuyó a financiar la impresión de este libro. Si querés acompañar un relato de mis próximos libros, buscá más información al final, en la sección *Cómo colaborar*.

[←2]

En parte, pudiste leer este relato gracias a Anémona Anónima, quien *acompañándolo* contribuyó a financiar la impresión de este libro. Si querés acompañar un relato de mis próximos libros, buscá más información al final, en la sección *Cómo colaborar*.